

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

UN CADAVER EN EL ANZUELO

*Clark
Carrados*



Estaba en el mejor de los mundos, tumbado beatíficamente sobre uno de los bancos de la lancha, con la cabeza recostada en un cojín de espuma, el sombrero encima de los ojos y las manos sobre el vientre. A su lado tenía una nevera portátil, con cerveza y bebidas frescas. También disponía de una pequeña bolsa con bocadillos.

La caña estaba sujeta a la borda. En aquellos momentos, Rod Trisher era el hombre más feliz del mundo.

La lancha se balanceaba suavemente en un mar que parecía un espejo. La costa estaba a unos mil doscientos metros de distancia. A la derecha tenía un pequeño transmisor de radio, que emitía una suave música de fondo.



Clark Carrados

Un cadáver en el anzuelo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1600

ePub r1.0

Lds 04.02.19

Título original: *Un cadáver en el anzuelo*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba en el mejor de los mundos, tumbado beatíficamente sobre uno de los bancos de la lancha, con la cabeza recostada en un cojín de espuma, el sombrero encima de los ojos y las manos sobre el vientre. A su lado tenía una nevera portátil, con cerveza y bebidas frescas. También disponía de una pequeña bolsa con bocadillos.

La caña estaba sujeta a la borda. En aquellos momentos, Rod Trisher era el hombre más feliz del mundo.

La lancha se balanceaba suavemente en un mar que parecía un espejo. La costa estaba a unos mil doscientos metros de distancia. A la derecha tenía un pequeño transmisor de radio, que emitía una suave música de fondo.

Trisher dejaba que la lancha se moviese a su gusto, con el motor parado. No tenía verdadero interés en la pesca, ni era tampoco un experto, pero no había querido hacer el ridículo en la pequeña población donde pasaba sus vacaciones. Casi todos los días volvía con la cesta vacía y no se molestaba si el dueño del hotel le gastaba bromas acerca de su mala suerte.

—Es que debo de ser muy feo y los peces me huyen —contestaba Trisher invariablemente.

De pronto, algo detuvo el ligero movimiento de la barca. Trisher levantó el sombrero un poco.

—Vaya, parece que esta vez ha picado un pez tonto —exclamó, al ver la tensión de la línea.

Y, en el mismo instante, oyó un grito de mujer:

—¡Eh, amigo! ¡Ayúdeme, por favor!

Trisher se levantó en el acto. Al girar en redondo, divisó una lujosa motora parada a unos cincuenta o sesenta pasos de distancia. En la popa, una muchacha, en bikini, se afanaba en impulsar la

embarcación con la ayuda de un remo.

—Se me ha estropeado el motor y no sé cómo ponerlo nuevamente en marcha —gritó la joven.

—Bueno, me parece que ha encontrado al tipo menos indicado, señorita. —Era muy joven y Trisher dedujo que debía de ser soltera—. Yo tampoco entiendo de motores. Sólo sé que son unas cosas que se arrancan con una cuerda, hacen mucho ruido, mueven una hélice y la barca se pone a navegar.

Ella se echó a reír.

—Podemos juntarnos —dijo—. En el buen sentido, claro. ¿No tiene ahí una cuerda? Uf, llevo remando cosa de un siglo y creo que me voy a morir deshidratada...

—Espere —contestó Trisher.

Fue a la proa y desenrolló un largo cabo que había en un diminuto tambucho. Luego arrojó la cuerda, pero cayó corta.

—Un poco más, por favor —pidió la chica.

El segundo intento resultó satisfactorio. Ella asió el cabo y Trisher tiró, para hacer andar a la motora. Momentos después, las dos embarcaciones quedaban abarloadas.

—Pase y se tomará un refresco —invitó él—. Está muy acalorada.

—Me parece que me daré un baño antes —sonrió la chica—. Perdón, me llamo Winnifred Holmes. Winnie para los amigos.

—Rod Trisher —contestó él, tendiéndole la mano.

Los dos se miraron unos instantes. Winnie tenía la sonrisa franca y sincera. Sin ser espectacularmente bella, se hacía inmediatamente atractiva por la expresión de su rostro, enmarcado por una frondosa cabellera de color castaño. El cuerpo, apreció Trisher, mostraba la estallante fragancia de la juventud. Las líneas, netamente femeninas, no mostraban sin embargo exageraciones que habrían destruido la armonía de la figura. Ella se soltó y se zambulló en el agua unos momentos. Luego se izó ágilmente. Trisher le tendió una toalla.

—Séquese —dijo—. Abriré una lata de refresco... ¿qué prefiere, Winnie?

—Limonada, por favor, si tienes.

—Tengo, desde luego.

Trisher abrió la lata y se la entregó. Ella tomó unos sorbos y

luego le miró sonriendo.

—Tú no eres de Santa Magdalena —dijo.

—No, Sólo estoy aquí de vacaciones. ¿Y tú?

—Tengo... una casita. También paso unos días de descanso.

—¿Sola?

—Puedo hacerlo, Rod.

—Dispensa. He hecho una pregunta estúpida.

—No te preocupes. ¿Los Angeles?

—Sí.

—Yo también. Agosto ya ha pasado. Ahora, en setiembre, se está mejor que nunca. Casi el mismo tiempo y nadie en Santa Magdalena.

—Lo mismo pensé yo. Me disgustan las aglomeraciones.

Winnie terminó la limonada.

—Bueno, Rod, no quisiera molestarte, pero me parece que debes intentar el remolque... —Oh, perdona, Winnie. Claro, ahora mismo ataré un cabo...— De repente, se dio una palmada en la frente. — ¡Caramba, lo había olvidado!

—¿Sucede algo, Rod? —preguntó ella, intrigada.

—Bueno, es que había enganchado un pez cuando me llamaste... ¿Te importa que lo suba? Casi es mi primera pesca en una semana...

—Desde luego, no hay inconveniente —accedió la chica.

—Si es grande, haré que lo preparen a la brasa y te invitaré a cenar.

—Acepto encantada.

Trisher destrincó la caña y empezó a darle vueltas a la manivela del carrete.

Inmediatamente, advirtió el inusitado peso de la pieza pescada.

—Debe de ser grande —jadeó.

—Espera, te ayudaré —se ofreció la chica.

—Cuidado, no te vayas a cortar los dedos con la línea. Ahí tengo un par de guantes. Póntelos, aunque te estén grandes.

—Sí, Rod.

Winnie se inclinó sobre la borda.

—Es curioso —dijo de pronto.

—¿Qué es curioso? —preguntó él.

—El pez no se debate. Yo siempre he visto que los peces, cuando

muerden el anzuelo, luchan furiosamente.

—Habré pescado una bota. Tengo una mala suerte espantosa.

Continuaron tirando. Bruscamente, Winnie lanzó un alarido.

—¿Qué pasa ahora? —gritó Trisher.

Ella soltó el hilo como si por él circulase una corriente de alta tensión.

—Rod, hay... hay un... un...

Winnie se ahogaba. Trisher bloqueó el carrete, trincó la caña y se asomó por la borda. A medio metro de la superficie, los ojos de un hombre le miraban fijamente, abiertos como platos, petrificada en su rostro la última mueca de horror que le había causado conocer la inminencia de un fin desastroso e inevitable.

* * *

Llamó a la puerta y Winnie abrió a los pocos momentos.

—Hola —dijo Trisher—. He venido a ver qué tal te encuentras.

—Bien, ya me he recuperado, muchas gracias. ¿Quieres pasar?

—¿Molesto?

—Por Dios. Estoy sola y no tengo que dar cuenta a nadie de mis acciones... ¿Qué te apetece tomar, Rod?

Trisher sonrió.

—¿Puedes devolverme la limonada que te presté ayer?

—Claro. ¿Sin alcohol?

—Sola, gracias.

Ella fue a la cocina y le dejó solo unos instantes. Trisher contempló el saloncito. La casa era de una sola planta, pequeña, pero agradable. Además, estaba en un lugar estupendo, sobre un pequeño montículo, a unos diez o doce metros de altura sobre el nivel del mar y a ciento cincuenta escasos de la playa. La situación era excelente y, por si fuese poco, estaba algo apartada del pueblo.

Winnie volvió a poco con una bandeja en las manos. Ahora, vestía una blusa corta, anudada bajo los senos, y «shorts» blancos. El pelo quedaba sujeto por una ancha cinta blanca. Era una estampa rebosante de vitalidad y frescura juvenil.

—¿Abstemio? —dijo ella, al llenarle el vaso.

—No, claro. Pero tampoco soy partidario del *whisky* a todas horas.

—Ya. —Winnie se sentó frente al joven, con las rodillas muy juntas—. Me parece que ambos tratamos de eludir el tema que más nos ha desvelado la pasada noche —añadió.

—Eso es cierto. Apenas he podido pegar ojo. ¿Y tú?

—Casi era de día cuando conseguí dormirme. ¿Te ha vuelto a interrogar la Policía? —No, aunque no descarto que vuelvan a hacerlo hoy o mañana. Parece que es un asunto que se sale de la jurisdicción del jefe de Santa Magdalena.

Un personaje importante, supongo.

Se llamaba Jay Sharp, es todo lo que sé.

—Sharp —repitió ella—. El nombre me suena... Creo recordar una investigación senatorial sobre tráfico de drogas...

Trisherapuró la limonada.

—Tenía atado un peso a los pies, pero lo hicieron mal y se soltaron los nudos.

—Cuando un gángster es liquidado de esa forma, suelen ponerle los pies en un barreño de cemento fresco.

—Tal vez sus asesinos tenían demasiada prisa —opinó Trisher.

—Es probable, Rod.

—He hablado con el jefe de Policía. El forense le ha dicho que parece como si la víctima hubiese intentado soltarse los nudos del lastre que tenía atado a los pies. Las uñas aparecían rotas, desportilladas...

—Entonces, ¿no le ataron las manos?

—Claro que sí. Pero, como has dicho antes, los asesinos debían de tener mucha prisa y actuaron con mucha rapidez. Un experto diría que fue un trabajo chapucero.

Winnie se estremeció.

—No hables así, Rod.

—Discúlpame.

Trisher se puso en pie.

—En fin, he visto que te encuentras bien y eso es lo que me importa. Winnie, aunque sea en tan desagradables circunstancias, me alegra haberte conocido.

—Yo también lo celebro, Rod.

Dos manos se juntaron unos instantes. Estuvieron así varios segundos y, de repente, una llamada en la puerta sacó a la pareja del éxtasis en que habían caído momentáneamente.

CAPÍTULO II

Winnie se soltó y caminó hacia la puerta.

—Discúlpame, Rod.

—No te preocupes. Ya me iba, de todos modos.

—Es que no espero visitas —alegó ella, a la vez que abría la puerta—. Hola —saludó a los dos sujetos que aparecieron en el umbral—. ¿Desean algo?

—Sí —contestó uno de ellos—. ¿Es usted Winnifred Holmes?

—En efecto. Permítanme que les presente al señor Trisher...

—Hombre —exclamó uno de los sujetos—, precisamente está aquí otra de las personas a la que buscamos. ¿Le importa que pasemos?

—Bueno... —Winnie titubeó—. ¿Qué es lo que desean? —inquirió.

Trisher frunció el ceño.

—¿Son ustedes de la policía?

—No. Verá... Yo me llamo Melville. Mi compañero es Dick Coleman. Saluda, Dick, estúpido.

—Hola —dijo el aludido, agitando una mano.

Trisher parpadeó. Coleman era un sujeto gigantesco, de más de dos metros de altura, ciento diez kilos de peso y con la frente angosta y las cejas salientes, rasgos que le conferían el aspecto de un antropoide. Su inteligencia le pareció poco menos que nula. —Bien— dijo Melville—, puesto que ya nos hemos presentado, deben saber que somos amigos del muerto.

—¿El muerto? —repitió Winnie.

—¿Qué muerto? —dijo el joven.

Melville se puso serio.

—No hemos venido a bromear —contestó.

—Caballeros, en la Tierra mueren a diario millones de personas. ¿Debemos deducir que tienen millones de amigos? —exclamó Trisher.

—En tal caso, no me gustaría ser amiga de ustedes. ¡Resultado fatal! —añadió Winnie, que había captado el tono irónico del joven.

Melville hizo un gesto de impaciencia. Era un hombre de buena estatura, apariencia vulgar y medio calvo ya. En sus ojos, sin embargo, había una chispa de dureza que no pasó desapercibida para Trisher.

—Será mejor que hablemos en serio. Me estoy refiriendo al tipo que pescaron ayer. Jay Sharp —dijo el visitante.

—No fue una pesca muy agradable —manifestó Trisher.

—Ya me lo imagino. Hemos leído los periódicos...

—¿También «él»? —preguntó Winnie, a la vez que señalaba a Coleman.

—Sé leer, señorita —protestó el gigante indignadamente.

—También sabe componer palabras con dados de letras, «papá», «mamá», «pipa» y así —siguió la chica.

—Debe de pelar los plátanos estupendamente —añadió Trisher.

Empiezo a cansarme de sus bromas estúpidas —dijo Melville—. Hemos venido en son de paz. Por favor, no estropeemos la fiesta.

—Aquí no se celebra ninguna fiesta —dijo Winnie.

—Es una velada necrológica en honor de Sharp —dijo Trisher.

Melville cerró los puños.

—Lo diré de una vez. Los periódicos han dado muchos detalles del cadáver de Sharp, pero no han mencionado algo muy importante. Lo tenía encima y no ha aparecido.

¿Dónde está?

—Dónde está, ¿qué? —preguntó el joven.

—Era un cinturón de cuero, muy ancho. Lo llevaba puesto cuando lo asesinaron.

—¿Es usted el asesino? —preguntó Winnie.

—¡No, por todos los diablos! —vociferó Melville.

—Entonces, ¿qué le importa lo que Sharp pudiese llevar encima?

—Era mi amigo.

—¿Y dejó que asesinaran a su amigo? ¿Qué clase de amistad era ésa? —Winnie se volvió hacia el joven—. Rod, ¿tú dejarías asesinar a un buen amigo?

—Claro que no, encanto —respondió Trisher.

—Es que no estaba con nosotros en esos momentos —aulló Melville.

—¿Y por qué lo abandonaron?

—¿Es que no se sintieron capaces de imaginarse que podían asesinarlo? —No debieron haberle dejado un solo momento.

—Y ahora, Jay estaría vivo y los tres lo celebrarían tomando unas copas.

—Y no estarían aquí, pidiéndonos algo que no tenemos.

—¡Basta! —exclamó Melville, al borde de un ataque de nervios—. ¡Dejen de decir tonterías! Tienen el cinturón, lo queremos y no nos iremos sin él.

—Tiene usted razón —dijo Trisher—. Basta de bromas, basta de estupideces, basta de suposiciones gratuitas. No tenemos ese cinturón, no lo hemos visto en nuestra vida y no nos importa lo que pueda ser de él. ¿Verdad, Winnie?

—Verdad —corroboró ella—. Y puesto que ya tienen la respuesta, hagan el favor de marcharse.

Hubo un instante de silencio. Luego, Melville movió la cabeza en dirección a la muchacha.

Coleman asintió con un gruñido que no tenía nada de humano. Luego, de súbito, alargó una mano y asió la muñeca izquierda de Winnie.

La sujetaba con su mano izquierda. La derecha estaba apoyada bajo el codo de la muchacha.

—Tienen exactamente diez segundos para decidirse —dijo Melville fríamente—. Pasado ese plazo, mi amigo romperá el codo de la señorita Holmes. Es muy sencillo: lo mantiene sujeto con la mano derecha y hará bajar el antebrazo, para que gire en dirección enteramente opuesta a lo establecido por la sabia naturaleza. Diez segundos, repito.

* * *

Trisher se quedó helado.

Aquellos sujetos eran muy capaces de hacer lo que decían. En un instante comprendió la especie a la que pertenecían. Eran hampones de la peor especie, matones profesionales a los cuales, en verdad, no

les importaba poco ni mucho la muerte de Sharp. Lo único que querían era el cinturón del muerto.

Melville empezó a contar. Cuando llevaba cinco, se oyó un chillido angustioso.

Atónito, Trisher vio que el gigante se llevaba las dos manos a los ojos. En una fracción de segundo comprendió que Winnie le había metido dos dedos en aquella región tan sensible. Melville, no menos asombrado, contempló los movimientos del gigante, que parecía presa de un sufrimiento indescriptible.

Trisher aprovechó la ocasión. La barbilla de Melville se ofrecía tentadora. Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas y Melville salió catapultado en dirección a la puerta.

Le siguió en el acto. Mientras continuaba su acción ofensiva, oyó unos ruidos raros, acompañados de unos gritos que más parecían aullidos de fiera. Pero tenía que acabar con Melville.

El sujeto no había caído. Trisher no le dejó recobrarse. Disparó un directo de izquierda al estómago y, cuando se inclinaba, lo remató con un fenomenal derechazo que lo lanzó de espaldas al suelo, completamente K. O.

Luego se volvió. Contuvo una sonrisa.

El gigante, que apenas si podía ver, saltaba ridículamente de un lado para otro, tratando de esquivar los furiosos golpes que Winnie le dirigía a las rodillas y espinillas, con un jarrón de acero inoxidable, de estremecedor diseño futurista. Coleman había perdido la iniciativa y movía los brazos como aspas de molino, pero nunca podía encontrar el blanco deseado. Winnie no se estaba quieta un solo instante y seguía golpeándole con saña.

Entonces, Trisher divisó otro jarrón, éste de cerámica y, agarrándolo con ambas manos, pidió permiso a Winnie con la mirada. Ella asintió.

El jarrón se desintegró en innumerables fragmentos. Coleman emitió un ronco bramido y se desplomó al suelo.

—¡Uh! —dijo Winnie.

—No puedo creérmelo —exclamó él—. ¿Cómo les hemos ganado?

—Tú sabes usar los puños muy bien.

—Fui campeón dé los pesos medios en la Universidad. Incluso me ofrecieron un contrato de profesional.

—¿Por qué no aceptaste, Rod?

—Winnie, una cosa es intercambiar algunos puñetazos en plan deportivo y otra es pelear como salvajes, para acabar idiota antes de los treinta años. No me gustaba convertirme en carne de «ring».

—Hiciste bien. Pero, según parece, conservas la forma.

—Bueno, de cuando en cuando, hago unos asaltos de entrenamiento. Tengo un trabajo muy sedentario y no me gusta oxidarme.

Ella sonrió luminosamente.

Eres el chico más estupendo que he conocido en mi vida.

Eh, eh, que ya estoy cerca de los treinta años —protestó Trisher jovialmente. De pronto, se puso serio—. ¿Qué hacemos con éstos? —preguntó.

—Sólo hay una solución: llamar a la policía.

Santa Magdalena era un pueblo pequeño, pero disponía de una fuerza policial muy eficiente. Apenas cinco minutos más tarde, se presentaron un coche y un *jeep*, tripulados por el jefe y dos patrulleros. El jefe preguntó a Winnie si deseaba presentar alguna acusación contra los asaltantes.

—No —contestó Winnie—. En todo caso, ellos tendrían que quejarse de nosotros.

Uno de los agentes enseñó dos pistolas.

—Son de esos tipos, jefe.

—Bien, ya tenemos acusación: armas sin licencia —dijo el policía—. Eso les costará unos cuantos días de cárcel.

—Podrán salir con una multa —aventuró Trisher.

—No en mi territorio. Bien, vamos, muchachos.

Melville y Coleman, esposados, fueron empujados hacia los coches policiales. Antes de desaparecer, Melville se volvió:

—¡Nos veremos! —gritó.

Trisher le sacó la lengua.

—Cuéntele al jefe qué hay en el cinturón —contestó.

Luego cerró la puerta y se volvió hacia la muchacha.

—Te ayudaré a reparar los desperfectos —sonrió—. Eres una chica valerosa, Winnie.

—No lo creas. Tenía un miedo espantoso —contestó ella.

—Supiste vencerlo y eso importa mucho. Verdaderamente, ese gigante ha hecho el ridículo más espantoso.

—Me preocupa que quieran volver a vernos —confesó la chica.
—Hablabas por hablar —dijo el desdeñosamente—. No hagas más caso y procura olvidarlo.

* * *

Tres días más tarde, Trisher acudió a la casita de la playa al atardecer.

—He venido a despedirme —anunció.

Winnie sonrió ligeramente.

—Te marchas.

—Sí. He terminado mi estancia en Santa Magdalena.

—Y tienes que volver al trabajo.

—No me queda otro remedio. Aún me faltan un par de semanas para iniciar las clases, pero quiero tenerlo todo bien preparado para cuando empiece el curso.

Ella alzó las cejas.

—¿Debo deducir que enseñas..., a los chicos?

Trisher se echó a reír.

—Algunos de mis alumnos tienen más años que tú. Soy profesor de la Universidad. —¡Caramba, quién lo diría! Pero, si pareces un chiquillo... Todo un profesor... ¿De qué, Rod?

—Economía. Tengo el doctorado. Además, poseo el diploma de experto en Contabilidad.

Y ya he escrito un libro.

Winnie dio una vuelta en torno al joven, contemplándolo con ojos fascinados.

—Rod, ¿puedo confesarte una cosa? —consultó al cabo.

—Claro —accedió él.

—¿No te enfadarás si te lo digo?

—Me enfadaría mucho más si no fuese sincera.

—Pues bien, ahí va. Pensé que eras un empleadillo cualquiera...

—Un chupatintas, vamos.

—Sí. Siento haber pensado una cosa así...

—Fui un chupatintas. O no habría terminado mis estudios.

—Eres un tipo maravilloso y no sabes qué contenta me siento de haberte conocido —declaró Winnie—. De modo que te marchas —suspiró.

—Es preciso.

—Muy bien —dijo ella vivazmente—. Puesto que es tu última noche en Santa Magdalena, te voy a dar una fiesta para celebrar nuestro conocimiento. ¿Me concedes siquiera treinta minutos?

—Desde luego.

—Aunque seas abstemio, sírvete una copa —indicó la muchacha.

El menú, en sí, no fue gran cosa, porque estaba compuesto a base de fiambres. Pero hubo velas y una botella de champaña y, además, Winnie se había puesto un traje encantador, azul pálido, que la favorecía extraordinariamente. Trisher hubo de decirse que no había encontrado en su vida otra muchacha más atractiva.

Pero, al mismo tiempo, resultaba incomprensible que una joven como Winnie pasara unos días sola en aquella casita aislada. La muchacha ocultaba algo, era evidente. Sin embargo, no quiso ser indiscreto. Si ella ocultaba algo, ya se lo diría en otra ocasión. Y si no...

Pero, pese a todo, no pudo evitar decir algo que le picaba en la lengua desde hacía mucho rato.

—Winnie, tú no eres lo que aparentas —dijo.

—¿Qué es lo que quieres dar a entender, Rod?

—Tienes clase, estilo y se te ven unas maneras que indican una educación elevada y costosa. ¿Qué eres? ¿Qué haces?

El rosado índice de la muchacha trazó unos dibujos sobre el blanco mantel.

—Tengo dinero, Rod —contestó.

—Me lo suponía.

—Pero, por ahora, no quiero decirte por qué estoy sola en Santa Magdalena.

—No te lo he preguntado.

—Algún día te lo diré. No es nada vergonzoso... aunque a mí me da algo de vergüenza.

—Por favor, Winnie...

Ella sonrió y levantó su copa.

—Rod, espero que volvamos a vernos cuando estemos de vuelta en Los Angeles —brindó.

Si me llamas, desplegaré mis alas y acudiré volando. —Trisher levantó también su copa—. Por la muchacha más encantadora y valiente que he visto en los días de mi vida. Hubo un momento de

emocionado silencio. Luego, de una forma inevitable, volvieron a un tema que seguía preocupándoles, a pesar de no haberlo mencionado hasta entonces.

—Rod, ¿qué tenía el cinturón de Sharp? —dijo Winnie.

—Algo muy importante, no cabe duda. Pero era importante para ellos, no para nosotros. Como dije la otra vez, fue un asesinato muy chapucero. ¿Qué tiene de particular que se perdiese ese cinturón?

—Sí, es cierto.

—Y, un consejo, por favor: olvidémonos ya de este asunto. No merece la pena seguir comentándolo.

Cuando se despidió, Trisher sabía que habría podido besar a Winnie, pero no se atrevió a intentarlo siquiera. Le parecía que era romper el hechizo que les había envuelto los días precedentes que, estaba absolutamente seguro, no olvidaría jamás.

CAPÍTULO III

Una semana más tarde, Trisher recibió una carta, que contenía un sorprendente tarjetón:

El señor y la señora Ronaldson agradecerán su presencia en la cena que ofrecerán a sus amistades el próximo día 11 de los corrientes. Se ruega traje de etiqueta. Por favor, telefonee la aceptación.

Trisher se quedó estupefacto.

—¡Los Ronaldson! —exclamó, atónito.

Conocía el apellido. Ronaldson era una potencia financiera: petróleo, barcos, participaciones en las más importantes empresas de construcción de aeronaves, ferrocarriles... Se preguntó por qué el famoso James Bensthorp Ronaldson, J. B., como le llamaban los íntimos, habían decidido que aquel vulgar profesor universitario asistiese a una cena en su lujosa residencia.

—Como no sea que haya leído mi libro —murmuró.

El libro había tenido bastante éxito en los círculos especializados. Trisher lo sabía y se sentía orgulloso. Pero, en fin, no era cosa de devanarse los sesos pensando en algo cuya solución tendría al día siguiente. Telefoneó al número indicado en la invitación, una secretaria recogió la comunicación y dejó de pensar en el asunto.

A las siete de la tarde del día siguiente, ya de noche, salió de su casa, correctamente vestido de etiqueta. Atravesó el jardín y, cuando se disponía a subir al coche, un sujeto le cerró el paso.

—Perdón —dijo—. ¿Es usted Rod Trisher?

—Sí.

—Le ruego me dispense —manifestó el sujeto cortésmente—. Tengo otro coche preparado para usted.

—Me parece que...

—Mire a su izquierda, por favor.

Trisher obedeció. El otro coche estaba parado a unos pasos de distancia. Por la ventanilla de la derecha asomaba el cañón de un arma de fuego.

—Esto parece un secuestro —dijo el joven.

—«Es» un secuestro —corroboró el otro, sonriendo amablemente.

Pero, de súbito, la sonrisa se borró de su rostro.

Trisher oyó un horrible sonido de algo que chocaba con gran violencia contra una superficie dura. En la frente del sujeto apareció repentinamente un redondo agujerito. El hombre estuvo unos segundos en pie, con la boca grotescamente torcida. Luego, de súbito, se desplomó hacia adelante. Trisher apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado.

Entonces, el otro coche arrancó con un rugido y se perdió rápidamente a lo lejos. Trisher, por precaución, se agachó detrás del suyo y aguardó unos momentos.

Alguien había disparado contra el desconocido, era evidente. Y su pistola tenía silenciador, porque no había oído la detonación del disparo.

Las preguntas se agolparon en su mente: ¿Quién? ¿Por qué?

Ignoraba la respuesta a la primera, pero conocía muy bien la de la segunda.

—El maldito cinturón —rezongó.

Al cabo de unos momentos, se irguió.

Miró a derecha e izquierda. En aquellos momentos, el tráfico era poco menos que nulo. El cadáver yacía junto al borde de la acera. Un reguero de sangre brotaba de la frente perforada, corría por el suelo y se perdía en el imbornal de una alcantarilla cercana. Los árboles daban mucha sombra a los faroles más próximos.

Actuando con toda naturalidad, Trisher subió a su coche y arrancó. Se preguntó si sentiría apetito a la hora de la cena.

Un correcto mayordomo le recibió y anunció a los anfitriones. Trisher procuró ocultar su asombro al contemplar el lujo de la residencia de los Ronaldson. «Aunque ya podías esperarte algo parecido», se dijo.

Una mujer muy hermosa acudió a recibirle, con la mano extendida.

—Ah, el profesor Trisher —saludó—. Soy la señora Ronaldson.

—La hermana de Winnie —exclamó él instantáneamente.

Evelyn Ronaldson se echó a reír.

—Me siento halagadísima, profesor, sobre todo, porque sé que es usted sincero. Otros lo dicen para adularme. Pero no, Winnie y yo no somos hermanas.

—Señora, el parecido es asombroso —dijo él.

—Es que soy su madre.

—¡Atiza! —exclamó Trisher sin poder contenerse.

Evelyn volvió a reír y se colgó de su brazo.

—Venga, profesor; voy a presentarle a mis invitados. No son muchos; mi marido y yo detestamos las multitudes, pero hay momentos en que una no puede eludir los compromisos...

Trisher conoció a algunos nombres que le habían parecido tan remotos como la luna. Uno de los invitados era un importante financiero, quien declaró haber leído su libro y encontrado sus teorías muy interesantes. El hombre demostró un profundo conocimiento del tema y, durante unos minutos, sometió al joven a un incesante bombardeo de preguntas, que Trisher no pudo eludir. De repente, sintió que le tiraban del brazo.

—Basta ya, Jack; deja en paz al profesor —pidió Evelyn—. Todavía no conoce a mi esposo y, además, está aquí para pasarlo bien. Si quieres que te sea de utilidad, vuelve a la Universidad y asiste a sus clases.

—Puede que lo haga —rió el financiero—. Ese muchacho ha dicho cosas muy sensatas y merece que se le tengan en cuenta.

Trisher se encontró de pronto con un hombre alto, robusto, de unos cincuenta años, y todavía muy apuesto. Ronaldson estrechó su mano vigorosamente.

—Joven, yo también he leído su libro, no una, sino dos veces, para empaparme a fondo de su contenido. Me gustaría hablar con usted del asunto, créame.

—Estoy a su disposición, señor Ronaldson —contestó el joven.

—Quizá acepte su respuesta... después de la cena. ¿Le parece bien?

Trisher se inclinó. En aquel instante, sonó la voz del mayordomo, que pronunciaba la frase de ritual:

—¡La señora está servida!

Evelyn se volvió hacia los invitados.

—Amigos —dijo—, ya es hora de que conozcan todos los motivos de esta invitación, hecha extensiva a unos pocos tan sólo, únicamente los que verdaderamente se merecen conocer la noticia antes que nadie. ¡Vamos a celebrar el compromiso de nuestra hija Winnifred con el señor Keith Ardmores Fanthorpe!

Y, en el mismo instante, Winnie, radiante de belleza, entró en el salón, apoyándose en el brazo del hombre que muy pronto iba a ser su esposo.

Trisher aplaudió, como los demás. Pero le pareció que sus aplausos sonaban a hueco. «Claro, estúpido, ¿qué te habías pensado?», se apostrofó a sí mismo.

Una rolliza dama se apoderó de su brazo con gesto posesivo.

—Vamos, joven, acompáñeme. Sé que no me parezco de lejos a la jovencita en cuyo honor se da esta fiesta, ni siquiera a su madre, pero la galantería cuesta muy poco y usted me es muy simpático. Tan joven y ya célebre...

Trisher sonrió desvaídamente. Por un instante, sintió ganas de echar a correr, pero logró dominarse.

«Lágrimas por dentro y risas por fuera. Como los payasos», pensó.

* * *

Ronaldson llenó dos copas balón de un buen coñac y entregó una al joven. Le ofreció habanos, pero Trisher se conformó con un cigarrillo.

—Siéntese —dijo luego Ronaldson—. Aquí, en este rincón, estaremos más confortables. Había dos enormes sillones de cuero rojo y Trisher casi se hundió en el suyo. Cortésmente, aguardó a que el anfitrión hubiese encendido su cigarro. El coñac era excelente.

—Bien, quiero decirle algo, muchacho —dijo por fin Ronaldson

—. He leído su libro y encuentro sus teorías muy nuevas, pero absolutamente realistas. Es posible que un día puedan tener aplicación en algunos de mis negocios, aunque, por el momento, no deseo introducir variación alguna en el sistema. Sin embargo, tengo entendido que usted es también experto en Contabilidad.

—Tengo el diploma de «máster», señor. Con la máxima calificación.

—Lo sé. Winnie me lo contó. Pero ¿lo ha utilizado alguna vez?

—¿Cómo?

—Quiero decir si ha llevado a la práctica sus conocimientos de contabilidad.

—Oh, sí, señor. He sido requerido varias veces por una importante firma que se dedica a la auditoría de cuentas. Siempre han quedado muy satisfechos de mis servicios y hasta me propusieron entrar a formar parte de la firma. Pero me gusta la Universidad, señor.

—Es decir, sabe practicar lo que predica.

—Modestamente, así es. Si lo desea, puedo darle el nombre de la firma que suele contratarme eventualmente...

Ronaldson alzó una mano.

—Gracias, con su palabra me es suficiente —dijo—. Bien, profesor...

—Por favor, llámeme Rod —sonrió Trisher—. Dejo el tratamiento sólo para mis alumnos y mis colegas más veteranos.

—Muy bien, Rod. Escuche, tengo la mayoría de acciones en la Aircraft Supplies. Es una factoría que se dedica a producir piezas especiales para las más importantes empresas de construcción de aeronaves. El negocio es muy próspero, pero, a mi juicio, tiene un lunar.

—¿Sí?

—Sospecho que alguien manipula los libros. En pocas palabras, quiero que los examine a fondo. Aceptaré su dictamen sin rechistar y lo sostendré contra viento y marea en la próxima junta de accionistas. Usted mismo fijará sus honorarios...

—Perdón, señor Ronaldson —le interrumpió el joven—. ¿En qué se basa para afirmar que los libros son manipulados?

—Es algo muy sencillo: la cifra de beneficios. Con respecto al año pasado, los beneficios han descendido alrededor de un

dieciocho por ciento.

—Hay cierta crisis...

—No en este caso, cuando la factoría tiene más pedidos que el año anterior. Prácticamente, vienen a esperar que terminemos las piezas, para llevárselas a las fábricas de aviones. Si trabajamos más, si vendemos más, ¿por qué tenemos que ganar menos?

—Es de una lógica aplastante —convino el joven—. Muy bien, señor Ronaldson, acepto encantado.

—Entonces, no se hable más. Venga mañana a mi despacho y ultimaremos los detalles, para que pueda empezar a trabajar inmediatamente. Y ahora, ¿qué le parece si nos reunimos con los invitados?

Trisher se puso en pie.

—Creo que comprendo los motivos de la invitación —sonrió—. La verdad, me devanaba los sesos pensando por qué me habían invitado ustedes, cuando no existía entre nosotros la menor relación.

—Me imagino su sorpresa. En realidad, Winnie es hija de mi mujer. Su marido, Francis Holmes, murió cuando la niña tenía dos años y la madre escasamente veintiuno. Yo me casé con Evelyn año y medio más tarde y siempre he considerado y querido a Winnie como hija propia.

—Comprendo. Gracias, señor Ronaldson.

El anfitrión le palmeó en la espalda. Luego abrió la puerta de la estancia. En aquel instante, sonó la voz de Winnie a pocos pasos.

—No sé si podré mañana, Keith. Te llamaré por teléfono.

—Mujer, no veo motivos para que rechaces mi invitación...

Ronaldson cerró la puerta. Trisher apreció la súbita contracción de sus facciones.

—No me gusta mi futuro yerno —masculló.

—Parece un hombre muy apuesto —comentó Trisher.

—Winnie es muy obstinada. No sé qué ha podido ver en Fanthorpe... aunque me imagino que las chicas de hoy son muy distintas de las de hace veinte años.

—Esto siempre ha sucedido, señor Ronaldson. Muchas veces, los hijos se casan a disgusto de los padres.

—Sí, sí, pero es que, en este caso... —Ronaldson se pasó una mano por la frente—. Quizá soy demasiado suspicaz, aunque su

madre tampoco se siente especialmente feliz con el acontecimiento. ¿Sabe que, precisamente, por este motivo enviamos a Winnie a Santa Magdalena?

—¿Cómo? —se asombró Trisher.

—Primero le rogamos que hiciese un viaje por Europa, unos seis meses y, que, a la vuelta, ya podría saber si Sus sentimientos eran firmes o producto de un capricho. Sólo pudimos conseguir que pasara dos semanas en Santa Magdalena.

—Comprendo.

Ronaldson suspiró.

—No ha cambiado de opinión —dijo resignadamente—. En fin, supongo que en este mundo, todos debemos llevar nuestra cruz.

Trató de sonreír y empujó al joven de nuevo hacia la puerta.

—Mañana, a las diez, en mi despacho oficial —concluyó.

CAPÍTULO IV

Estaba dando un primer repaso a un resumen financiero del año anterior, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

Trisher abandonó los papeles, se puso en pie y abrió. Casi respingó al reconocer a Winnie.

—¡Vaya una sorpresa! —exclamó, a la vez que se echaba a un lado—. Entra, por favor. Winnie no parecía muy contenta. Vestía un trajecito a cuadros, azules y blancos, con cuello y puños blancos, un sombrerito que casi parecía de colegiala y sostenía el bolso con ambas manos enguantadas. Estaba encantadora, pero también, apreció Trisher, preocupada.

Durante unos momentos, ella permaneció inmóvil en el umbral. Luego se decidió y pasó al interior de la casa. Trisher cerró, corrió al diván y recogió los papeles que había allí esparcidos.

—Dispensa el desorden... Estaba trabajando en algo que me ha encargado tu padre...

—Dirás mi padrastro —le miró ella fijamente.

—Bueno, ésa es sólo una palabra. El te quiere de verdad.

—Lo sé. Y yo también le quiero tanto como si fuese mi padre auténtico. No conocí al primer esposo de mamá, ¿sabes?

—Siéntate, Winnie. Me parece que estás preocupada por algo y, si es posible, me gustaría ayudarte. ¿Quieres un poco de café?

—Sí, gracias.

Ella se sentó y empezó a quitarse los guantes de hilo. Trisher vino a poco con la cafetera y las tazas.

—Aparte del asesinato, lo pasamos bien en Santa Magdalena, ¿eh? —dijo alegremente, mientras servía el café.

—Oh, sí, fueron unos días estupendos. Jamás lo había pasado tan bien —contestó Winnie.

—Esos días volverán, porque, volverán los veranos y... Winnie, ¿has leído los periódicos?

—No. ¿Por qué?

—Anoche sucedió algo muy extraño. Cuando salía de casa, para asistir a la cena tuya, un individuo me cortó el paso. Querían secuestrarme.

—¡Oh, no! —Se espantó Winnie.

—Te aseguro que es cierto. Ya había un coche aguardando y un tipo en el interior, encañonándome con una pistola.

—¿Qué pasó? ¿Te defendiste?

—No, no habría podido. Pero el tipo que me invitaba a subir al coche, fue asesinado, delante de mis propios ojos.

Winnie abrió los suyos como platos.

—Es horrible —exclamó—. ¿Quién lo mató?

—No lo sé. Estábamos en un lugar relativamente en sombras y, además, el asesino usó silenciador. El hombre recibió un balazo en medio de la frente y cayó... Bueno, si no me aparto rápido, me cae encima.

—Me siento pasmada —declaró la chica—. ¿Qué hiciste luego?

—Bueno, el otro coche se largó y yo también. Nadie se había dado cuenta y no tenía ganas de soportar un interrogatorio de la policía. El cadáver fue descubierto más tarde y, desde luego, sí me interrogaron al regreso, pero dije dónde había estado y eso fue todo. —De modo que querían secuestrarte.

—En efecto.

—Pero ¿por qué? No me parece que tú seas botín apetitoso para unos secuestradores...

—Olvidas cierto cinturón, Winnie.

Ella asintió.

—Es cierto —dijo—. El cinturón, pero ¿qué hay en él? Y. ¿dónde está?

—Debo confesarte una cosa: no me importa en absoluto y no voy a volver a preocuparme más de él.

—Es lo mejor. Rod, mi padre te ha dado un empleo...

—Sólo eventual —sonrió Trisher.

—¿Está en apuros?

—Bueno, parece que la A. S. no marcha como es debido. Yo voy a revisar los libros de cuentas, eso es todo. Porque resulta ilógico

que una factoría elabore y venda más piezas, sin rebajar los precios ni aumento de costos, y se consigan unos beneficios inferiores un dieciocho por ciento a los del año anterior.

—Alguien está metiendo las manos en el saco del dinero, no cabe duda. Tengo la impresión de que harás un gran trabajo, Rod.

—Gracias, Winnie.

De pronto, callaron. Trisher observó que la muchacha se sentía incómoda, desazonada por alguna causa que no era capaz de adivinar.

Respiraba agitadamente. Podía apreciarlo en los rápidos movimientos de ascenso y descenso de sus jóvenes senos.

—Winnie, a ti te pasa algo —dijo al cabo.

La chica se puso en pie y le volvió la espalda.

—Anoche estuviste en la fiesta —murmuró.

—Sí. Ya te felicité... pero tengo la impresión de que no te sientes demasiado dichosa de convertirte en la señora Fanthorpe.

—Rod, ¿te contó mi padre por qué fui a pasar dos semanas a Santa Magdalena?

—Sí. Querían que viajaras durante seis meses, pero sólo consiguieron esos pocos días.

No has desistido y vas a casarte con Fanthorpe.

—Es cierto. Tengo que casarme con Keith.

Rod Trisher observó el matiz de la respuesta.

—¿«Tienes» que casarte o «quieres» casarte?

—¡Tengo que casarme con él, Rod! —clamó la muchacha.

Trisher comprendió que Winnie se sentía terriblemente conturbada. Poniéndose en pie, se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros.

—Winnie, soy tu amigo —dijo persuasivamente—. Cuéntamelo todo, con absoluta sinceridad. Piensa en una parte de mi profesión, que me obliga a guardar el secreto profesional. Dime lo que sea... y por malo que pueda resultar, trataremos de arreglarlo.

Sólo hay una cosa que no tiene solución y es la muerte.

Winnie asintió. Súbitamente, dio media vuelta, se abrazó al joven y, escondiendo la cabeza en su pecho, rompió a llorar desesperadamente.

Hubo de pasar un buen rato, antes de que Winnie se tranquilizara un poco. Trisher le hizo tomar otra taza de café, a la que añadió unas gotas de *brandy*. Luego le dio su propio pañuelo para que se secara las lágrimas.

—Cálmate —dijo—. Estás con un verdadero amigo. Cuéntamelo todo y verás que, cuando hayas terminado, te sientes mucho más aliviada.

Winnie hipó todavía un par de veces, se sonó la nariz y luego miró afligidamente al joven.

—Yo ya había decidido no casarme con Keith —habló por fin—. No es porque mis padres tengan razón; había podido darme cuenta de que todo había sido un deslumbramiento pasajero. Es un hombre guapo, apuesto, de fácil conversación, galante, de comportamiento siempre correctísimo, bastante culto...

—Una perla, en suma —dijo Trisher irónicamente.

—Pero logré captar un par de detalles que me hicieron ver que no era el hombre generoso y desprendido que siempre había aparentado.

—En resumen, iba a por tu dinero.

—Eso no es lo peor, Rod. Fui a Santa Magdalena, más por decisión propia, que por influencia de mis padres. Y allí es donde supe ver claro y tomé la decisión de romper el compromiso.

—Entonces, ¿por qué lo anunciaron? ¿Por qué te resignas a casarte con un hombre al que no amas?

Los labios de la chica temblaron.

—Se lo dije... Apenas regresé, le llamé por teléfono y le dije que ya habíamos terminado. El no pareció afectarse demasiado. Me pidió una última entrevista. No me pareció cortés rehusar. Nos reunimos en un restaurante y entonces, Keith, sin más rodeos, me dijo que mi padrastro había asesinado a mi padre, porque estaba enamorado de mamá. Añadió que tenía las pruebas del crimen y que me las entregaría la noche de bodas. De lo contrario, las enviaría al fiscal y papá... mi padrastro, podría ir a la cárcel por el resto de sus días.

Cuando Winnie terminó, Trisher se sentía lleno de asombro.

—Eso... eso me parece una monstruosidad. Yo no creo que Ronaldson fuese capaz de hacer una cosa semejante...

—Lo hizo, Rod.

—Pero, las pruebas...

Winnie abrió el bolso y sacó una fotocopia.

—Mira, una declaración de un testigo, que asegura haber presenciado el crimen. Keith asegura tener más testimonios. Después de la boda, me entregará los originales, para que los queme. Si no accedo...

Trisher se puso nuevamente en pie.

—¿Cuánto tiempo hace que murió tu padre?

—Pronto hará dieciocho años. Yo acababa de cumplir dos y Jim y mamá se casaron uno y medio más tarde.

—Winnie, no puedo decirte nada, pero tengo que consultar con un experto en leyes. Conozco uno muy bueno, antiguo condiscípulo...

Ella se aterró.

—Si el asunto se divulga, puede suceder una catástrofe, Rod.

—No habrá tal escándalo. Ni siquiera mencionaré los nombres. Sólo le expondré el caso y le pediré que me asesore.

—¿Cuándo hablarás con él, Rod?

Trisher consultó su reloj.

—Ahora mismo —contestó—. Le pediré una entrevista, diciéndole que es un asunto de suma urgencia. Pero antes quiero más detalles. ¿Me permites la fotocopia?

—Claro.

Trisher repasó el documento.

—No entiendo demasiado de leyes, pero me parece que no es suficiente para condenar a un hombre. Aunque no se podría evitar el escándalo, por supuesto.

—El escándalo hay que evitarlo, naturalmente, pero preferiría mucho más saber que J. B. es inocente. Sin embargo, lo que dice ese testigo...

—Es sólo una declaración personal y no está avalada por otras firmas —contestó el joven—. ¿Tienes alguna idea de las causas de la muerte de tu padre?

—Falleció en accidente de automóvil. Se salió de la carretera y...

—Un accidente se puede provocar —dijo Trisher pensativamente.

—¡Oh, Rod! —se lamentó la muchacha—. Yo le quiero como si

fuese mi verdadero padre. No puedo creer que asesinara a... al esposo de mamá, mi padre auténtico... y aunque fuese cierto, no siento hacia él ningún deseo de venganza. Pero mi madre sufriría espantosamente...

—¿Lo saben? ¿Les has dicho algo?

—No. Pero, claro, están disgustados porque voy a casarme con Keith.

—Sí, tenían razón; ese tipo es un sinvergüenza. Cuando me lo eche a la cara...

—¿A quién se va a echar a la cara, amigo? —Sonó de repente una voz extraña.

Trisher y la muchacha se volvieron inmediatamente. Winnie emitió un grito de susto al ver a dos sujetos que les encañonaban con pistolas.

Eran desconocidos, pero su aspecto no tenía nada de tranquilizador. Uno de ellos sonrió y dijo:

—Profesor, anoche tuvo usted la suerte de su lado. Hoy será algo distinto, puedo asegurárselo. Ya nos hemos preocupado de «barrer» la vecindad, para evitar sorpresas desagradables.

—Y, además, hemos conseguido matar dos pájaros de un tiro —añadió el otro.

—También la buscábamos a ella, pero, como dije antes, la suerte no está ahora del lado del «profe» —dijo el primero que había hablado—. Bien, para dejar las cosas claras desde el primer momento: esto es un secuestro.

—¿Puedo saber dónde piensan llevarnos? —preguntó el joven.

—Ya se lo explicarán, descuide. Sólo me falta hacerles una advertencia: salgan tranquilamente, con toda naturalidad, con las manos juntas... ¡o nos ahorraremos un viaje en automóvil!

CAPÍTULO V

«Un muerto en el fondo del mar, una fábrica medio arruinada, otro asesinato, un crimen cometido hace dieciocho años... Y un cinturón misterioso, que nadie sabe dónde está. ¿Hay quien dé más?», pensó Trisher amargamente.

Estaban en una habitación completamente desprovista de muebles, sentados en sendas sillas, pero vueltos de espaldas y atados a las mismas con unas cuerdas. Incluso tenían los tobillos ligados a las patas de las sillas.

Sobre sus cabezas había una lámpara encendida. La estancia carecía de ventanas. Las paredes eran frías, desnudas, con el cemento a la vista. Habían llegado allí, después de dos horas de viaje en automóvil y, tras atarles, les habían dejado solos.

Durante el viaje no habían visto nada, ya que les habían tapado los ojos con unos pañuelos negros. Para evitar reacciones imprevistas, sus secuestradores les unieron las muñecas con un mismo par de esposas, que luego les habían quitado en el lugar donde se hallaban hasta ahora. Trisher había intentado hacerles preguntas, pero no había obtenido más que el silencio como respuesta. Lo único que Trisher podía afirmar era que los secuestradores le resultaban completamente desconocidos.

—Aunque no los motivos —dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Eh? ¿Cómo dices? —exclamó Winnie.

—Perdona, estaba distraído... Ni siquiera he tenido la curiosidad de preguntarte cómo te encuentras.

—Lo mismo que tú. Rod, ¿qué piensas de todo esto?

—Lo que sea, está relacionado con el cinturón.

—¿Qué demonios podía contener ese cinturón? ¿Dinero?

—Billetes, no. ¿Cuánto podía representar, en el supuesto de que todos los billetes fuesen de mil? ¿Veinte, treinta, cien, a lo sumo? No parece una cantidad excesiva. Poco dinero, en suma, para atraer la atención de estos tipos.

—Un cinturón monedero...

—Se usaban cuando circulaban las monedas de oro y una «doble águila», esto es, veinte dólares, permitía comprar muchas más cosas que hoy día. Pero eso ocurría en el siglo pasado.

—Entonces, ¿qué, Rod?

—Unos documentos que comprometen a alguien.

—Es posible —admitió Winnie—. Pero, si es así, ¿cómo lo lanzaron al fondo con el cinturón puesto?

—Ya te dije que eran unos chapuceros. Sharp pudo librarse del lastre.

—Y, sin embargo, murió.

—Pasaría demasiado tiempo allá abajo. Sufriría un colapso y ya no pudo remontarse a la superficie.

—Sin el cinturón.

—Puede que no lo llevase, Winnie.

—Ellos aseguran que sí...

—Para saberlo con certeza tendríamos que preguntárselo a quien no nos puede contestar, esto es, al propio Sharp. Pero es imposible. Por tanto, debiéramos concentrarnos en nuestra propia situación. Debemos ser egoístas, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo, Rod, ¿qué hacemos?

Trisher suspiró.

—Ahora yo debiera ser un tipo como James Bond y tendríamos un reloj con sierra eléctrica o cuchillas en los zapatos o botones incendiarios. Entonces, rompería las cuerdas en un santiamén... Pero, por desgracia, no encuentro la forma de soltarnos de estas ligaduras.

—Sin embargo, me parece que deberíamos hacer algo, ¿no crees?

Repentinamente, antes de que Trisher pudiera decir algo, la luz se apagó y el cuarto quedó sumido en la más absoluta oscuridad.

Instantes después, se oyó el ruido de una llave en la cerradura. Luego entró alguien. —Espero que se encuentren bien— dijo el desconocido—. Disculpen que no encienda la luz, pero es que, dada la postura en que se encuentran, uno de los dos me vería y podría identificarme. Naturalmente, yo podría usar un antifaz, una capucha..., pero siempre correría el riesgo de que captaran algún detalle comprometedor. La oscuridad protege mucho más, créanme.

—No lo dudo en absoluto —respondió Trisher—. Por tanto, no nos dirá su nombre, me imagino.

—Supone bien, aunque puede llamarme... Negro. Usted es Trisher y ella es Winnifred Holmes.

—Exacto.

—Y ambos, hace dos semanas, encontraron en Santa Magdalena el cadáver de un individuo llamado Jay Sharp.

—Es cierto. Lo admitimos —contestó ella.

—Pero no le quitamos nada. Yo tenía una lancha y me limité a sujetar el cadáver con una cuerda. Luego lo remolcamos hasta la orilla, avisamos a la policía y eso es todo —añadió Trisher.

—Sharp llevaba consigo un cinturón. ¿Dónde está?

—Winnie, otro chiflado —dijo Trisher.

—Resignación, Rod —contestó ella.

—Oigan, no les he traído aquí, para escuchar tonterías. Quiero el cinturón o...

Trisher se hartó.

—Escúcheme usted, señor Negro o cómo diablos quiera que se llame. Yo soy profesor de Universidad. Ella es hija de un importante hombre de negocios. Sea sensato y piense que el cinturón de Sharp nos importaría un rábano, en el supuesto de que lo hubiéramos visto sobre su cadáver. No lo tenemos y esto es definitivo.

—No le creo —contestó el desconocido—. Bien, de todas formas, voy a darles un par de horas para reflexionar. Dos buenos amigos se quedarán aquí. Dentro de ciento veinte minutos, uno les preguntará si han decidido dar una respuesta. En caso afirmativo, me llamará por teléfono y yo decidiré si la respuesta es positiva.

—¿Qué pasará entonces?

—Ordenaré que les dejen libres.

—¿Y si contestamos negativamente?

—Bien, es un truco de película de aventuras, pero suele resultar

afectivo. La habitación se inundará y morirán ahogados. ¡Buenas noches!

El sujeto se marchó y la luz volvió a encenderse, después de que la puerta se hubo cerrado con gran estrépito. Trisher parpadeó.

—Y bien, ¿qué te ha parecido, Winnie?

—Horrible, Rod.

—El señor Negro disfrazaba la voz. Parecía como si se hubiese puesto delante una gasa muy gruesa o algo por el estilo.

—Pero no disfrazaba su perfume. Por eso he dicho que es horrible.

—No entiendo, Winnie.

—Era Keith Fanthorpe.

* * *

Durante unos minutos, Trisher trató de digerir el descubrimiento hecho por la mujer. Al cabo de un rato, dijo:

—Winnie, ¿estás segura?

—Absolutamente, Rod.

—Un perfume no es cosa exclusiva de una sola persona... —En este caso, puede decirse que sí. Se lo regalé yo. Es italiano, nuevo, llegado muy recientemente al país.

No se ha hecho publicidad y las ventas, hasta el momento, son muy escasas.

—De modo que Fanthorpe, ¿eh? ¡Menudo pajarraco! ¿Sabes lo que te digo? Está liado con gentes del hampa.

—Sí, eso es lo que estoy viendo —contestó ella tristemente—. Pero si me ahoga, no me casaré con él y entonces tendrá que divulgar el secreto...

—Fanthorpe no desea que las cosas lleguen a tal extremo. Lo único que quiere es impresionarnos. Tiene la seguridad de que nos quedamos con el cinturón. Está obsesionado, como otros.

—Me pregunto qué habrá de interesante en ese cinturón...

—Bueno, si era de cuero, ya habrá sido devorado por los peces. Suponiendo que Sharp lo llevase puesto el día de su asesinato. Pero, Winnie, ¿por qué no intentamos soltarnos?

—Rod, antes dijiste que no eras James Bond.

—No lo soy, afortunadamente.

—James Bond tiene las chicas que quiere...

—Sí, pero eso pasa en las películas solamente. En la realidad, menuda complicación sería tener que atender a tantas mujeres. Ahora bien, tampoco soy un hombre de la Edad de Piedra, como Coleman. Winnie, ¿te has fijado en la forma en que nos han atado?

Ella bajó la vista un momento. Las dos sillas estaban respaldo contra respaldo. Una misma cuerda rodeaba los torsos de ambos prisioneros. Luego, trozos de cuerda más corta sujetaban sus tobillos. Pero, aunque tenían las manos relativamente libres, no podrían alcanzar ninguno de los nudos.

—Sí, una forma muy ingeniosa, lo justo para que no podamos soltarnos, ni siquiera con una navaja —respondió.

—Estás equivocada. Mira, escúchame bien. Vamos a actuar los dos simultáneamente. Para ello es preciso encogerse el pecho todo lo que se pueda. Debemos expulsar el aire de los pulmones y, entonces, con un impulso simultáneo, levantarnos de las sillas. Las rodillas tienen juego libre, ¿comprendes?

—Hombre, puede ser la solución —convino ella.

—«Es» la solución. Pero, recuerda, hemos de actuar los dos al mismo tiempo.

—De acuerdo, Rod. Tú diriges las operaciones.

—Muy bien, cuando yo lo diga, vacía tus pulmones, encoge el estómago, pega los codos al cuerpo y luego haz un esfuerzo para levantarte. ¿Entendido?

—Sí. Cuando quieras.

Trisher dejó pasar un segundo. Luego exclamó:

—¡Ahora!

Los dos cuerpos se elevaron al mismo tiempo. Las cuerdas subieron con ellos y rebasaron el borde de los respaldos.

Pero entonces, Winnie perdió el equilibrio y cayó hacia su izquierda, arrastrando al joven en la caída.

La muchacha gritó. Trisher trató de volverse hacia ella.

—No te aflijas. Sabía que tenía que ocurrir, pero olvidé avisarte. En realidad, no podía ser de otro modo. Pero ¿te das cuenta de nuestra nueva situación?

Trisher se agitó un poco y consiguió deshacerse de las cuerdas que habían rodeado sus torsos y brazos. Luego, estirando las manos, empezó a luchar con los nudos que sujetaban sus tobillos a las dos

patas delanteras de la silla.

Cinco minutos más tarde, ayudaba a la muchacha a ponerse en pie. Winnie, muy nerviosa, se le abrazó en el acto.

—Rod, no sé qué habría hecho sin ti —dijo.

—Probablemente, no te habrían secuestrado —rió él—. Bien, ahora vamos a pensar en la mejor forma de salir de aquí.

Se acercó a la puerta y la examinó con todo cuidado.

Torció el gesto.

—No hay agujero de cerradura por dentro —exclamó.

Winnie le contemplaba con ansiedad. Trisher meditó unos instantes. Luego, de pronto, chasqueó los dedos. —Creo que ya está —dijo.

* * *

Consultó su reloj. Faltaba menos de un minuto para que se cumpliese el plazo señalado. Trisher cambió una mirada con la muchacha. Winnie hizo un silencioso gesto de asentimiento.

Ella tenía una silla en las manos. Trisher le había indicado cuál era su papel. Sabía que era una muchacha resuelta y podía confiar en que obedecería sus instrucciones.

El, por su parte, tenía en las manos la soga más larga, con un nudo corredizo en uno de sus extremos. Suponía que sus secuestradores estarían armados, pero contaba con el efecto de la sorpresa para derrotarles.

Súbitamente, se oyó ruido de una llave que giraba en la cerradura. Trisher miró de nuevo a la chica. Winnie estaba muy pálida y contestó con un rápido pestañeo.

La puerta se abrió de golpe. Un hombre irrumpió en el cuarto.

—Bueno, chicos, ya es hora de conocer la respuesta...

El sujeto se calló repentinamente al ver una sola silla y, además, vacía. Había dado dos pasos dentro de la habitación y, antes de que pudiera rehacerse de la sorpresa, Winnie le asestó un silletazo con todas sus fuerzas.

El otro le seguía a un paso. Dándose cuenta de que algo iba mal, metió la mano en el interior de su chaqueta, para sacar la pistola. En el mismo momento, Trisher, a su lado, le echó el lazo y pegó un terrible tirón hacia atrás.

Se oyó un estremecedor gañido. El hampón cayó, agarrándose con ambas manos a la cuerda. Trisher volvió a dar otro tirón y los músculos del sujeto se relajaron.

El primero gateaba, semiinconsciente, farfullando frases ininteligibles. Trisher estaba preparado para ello y rodeó su cuello con el otro extremo de la cuerda. Hizo un nudo y se puso en pie.

—Winnie, a correr —exclamó.

Ella se detuvo un instante en la puerta.

—Rod, el primero...

—No te preocupes, sólo está desmayado. Pero cuando despierte, tendrá que ir a que le den una medicina contra el dolor de garganta. Anda, vamos ya.

Había una escalera que, sin duda, conducía a la planta baja de la casa. Trisher suponía que habían estado todo el tiempo en un sótano. Pronto tuvo la confirmación de sus sospechas.

La casa era grande, cómoda, aunque sin demasiados lujos.

—¿Conoces el lugar? —preguntó.

—No —respondió Winnie—. No he estado jamás aquí. Pero si me permites una observación, te diré que me parece el tipo de casa que se alquila amueblada.

—Es posible. Bien, vinimos en un coche y nos lo llevaremos.

—¿Sabemos siquiera dónde estamos?

Trisher se acercó a una ventana. Muy al fondo se divisaba un gran resplandor.

—Al este de Los Angeles, es todo lo que se puede apreciar desde aquí —contestó—. Pero estamos en alto y el que sube a las alturas, siempre tiene que bajar después.

Se separó de la ventana y ya se disponía a dirigirse hacia la puerta cuando, de súbito, un coche viró a menos de treinta metros y el doble chorro de luz de sus faros penetró en la casa a través de los cristales.

CAPÍTULO VI

Trisher se agachó instantáneamente.

—Ven, Winnie —susurró—. Viene alguien.

Agarró la mano de la chica y tiró de ella hasta el otro lado de un enorme diván, situado junto a la chimenea y perpendicular a la puerta. Dada la posición en que se encontraba, el que entrase por allí no podría verlos en el primer momento.

El coche se detuvo y su conductor apagó los faros. Luego sonaron pasos que se acercaban a la puerta.

Alguien abrió y asomó la cabeza.

—Esto parece desierto, señor Pembroke —dijo una voz conocida. «Melville», pensó Trisher en el acto.

—Están aquí, lo sé positivamente —contestó otro sujeto—. Hay que buscarlos.

—Ellos deben de tener armas —alegó Coleman.

—Y vosotros, ¿qué diablos tenéis en las manos? ¿Tortas de manteca?

—Eh, mire —exclamó Melville de pronto—. La puerta del sótano está abierta.

Echó a correr y desapareció por la escalera. Coleman le siguió en el acto. Pembroke se acercó a la puerta.

—¿Qué hay aquí abajo? —gritó.

—Dos tipos... Hymie y Lasko. Están medio atontados. Los prisioneros han escapado. —La voz de Melville salía como a través de un gigantesco altoparlante.

—¿Que se han escapado? —rugió Pembroke—. Pero ¿qué clase de estúpidos tiene ese maldito Danny Hopper? Está bien, no quiero saber nada más. Líquídalos, Melville.

Trisher se estremeció. Estiró la mano y tapó la boca de la

muchacha.

Abajo sonaron repentinamente varias detonaciones, mezcladas con unos horripilantes gritos de agonía. Trisher sintió náuseas, pero pensó que ellos no lo pasarían mejor si les atrapaban.

Asomó la cabeza. Pembroke estaba a dos pasos de distancia, vuelto de espaldas a él.

Salto y le golpeó en el cuello con el filo de la muñeca.

El sujeto se desplomó fulminado. Abajo se oyó la voz del gigante:

—Eh, Mel, éste se mueve aún...

Sonó otra detonación. Melville lanzó una risa demoníaca.

—Ya está quietecito —contestó.

Trisher había alcanzado la puerta que daba al sótano y la cerró con llave. Mientras la guardaba, se volvió hacia la muchacha.

—Conseguirán abrirse paso, pero perderán un poco de tiempo, justo lo que necesitamos. ¡Anda, vamos!

Salieron de la casa. Trisher divisó dos coches. Abrió la portezuela del primero y vio las llaves puestas.

—Winnie, llévate el otro coche. Procura serenarte —dijo.

La muchacha asintió. Arrancó en primer lugar y Trisher la siguió en el acto. Cuando doblaban la curva que permitía el acceso a la explanada en que se hallaba la casa, oyó un disparo.

Melville y Coleman habían conseguido romper la cerradura de la puerta superior. Pero los dos coches corrían ya velozmente por la pendiente que conducía al distante llano. Ya no podrían detenerlos y aquellos forajidos, pensó Trisher, estaban aislados en un lugar situado a gran distancia de cualquier lugar habitado.

Un par de kilómetros más adelante, hizo señales con las luces. Winnie comprendió y empezó a frenar.

Trisher saltó del coche segundos después.

—Aguarda un momento —pidió—. Vuelvo en seguida.

El coche de Pembroke había quedado en una pendiente. Lo condujo suavemente, sin encender el motor, rebasando al otro. Luego lo detuvo un instante, soltó el freno y se apeó en el acto.

El automóvil empezó a rodar con mayor rapidez a cada momento. Treinta segundos más tarde, llegó a una curva, se salió y saltó a un profundo barranco. Las laderas de las colinas devolvieron los ecos del estruendo. Luego volvió el silencio.

Trisher conducía ahora. Los nervios de la muchacha continuaban todavía muy alterados.

—Abre tu ventanilla —aconsejó él.

Winnie obedeció. El aire fresco de la marcha la alivió considerablemente. Al cabo de unos segundos, hurgó en su bolso y sacó tabaco.

—¿Te enciendo uno, Rod?

—Gracias. No fumo mucho, pero esto sustituirá a la copa que no podemos tomarnos en estos momentos.

Trisher redujo la velocidad ligeramente.

—No tenemos prisa —dijo, después de un par de bocanadas de humo—. Winnie, eres una chica fantástica. Te has portado con enorme valor.

—Sí, pero luego me entró un temblor de piernas...

—Es lógico en estos casos. Y no vayas a creer que a mí me pasa a diario. Estoy acostumbrado como tú a los secuestros y a los tiroteos.

—Ha sido horrible... Asesinados a sangre fría...

—Son matones profesionales. ¿Qué se puede esperar de unos tipos semejantes?

—Y trabajaban para Fanthorpe...

—¿Estás segura?

Winnie movió la cabeza afirmativamente.

—No puedo equivocarme —contestó.

—De todos modos, voy a hacerte una proposición —dijo él.

—¿De qué se trata, Rod?

—Mañana, si te encuentras bien, ve a la perfumería en donde compraste el frasco para Fanthorpe. Para no despertar demasiadas sospechas, compra alguna cosa y pregunta cuántos frascos más y a quienes los han vendido, de ese perfume. ¿Lo harás?

—Desde luego. Y ¿tú?

—Tengo que consultar con mi amigo el abogado.

Winnie apretó los labios.

—No lo puedo creer, pero... parece ser cierto...

—¿Qué pasaría si J. B. resultase realmente culpable?

—No lo sé. —Winnie cerró los ojos y apoyó la cabeza en el

respaldo—. Me parece tan... monstruoso, que me niego por ahora a enfrentarme con esa posibilidad.

—Averiguaremos la verdad —aseguró él—. Y, por dura y amarga que sea, siempre es preferible a la incertidumbre.

—Sí, desde luego.

—Además, hay una cosa en la que puedes estar equivocada. El jefe de los secuestradores no era Fanthorpe. Pembroke citó el nombre de Danny Hopper.

—Lo mismo da. El problema es muy otro, ya lo sabes, Rod.

Trisher suspiró.

—Y eso sin contar con el cinturón de Sharp —dijo amargamente. Cuando el coche se detuvo frente a la residencia de la muchacha, Trisher le hizo una pregunta:

—Ha pasado ya la media noche. ¿Qué dirás a tus padres?

Winnie hizo un esfuerzo por sonreír.

—Les diré que me secuestraron contigo, pero que conseguimos escapar.

—No se lo creerán.

—Es lo que deseo.

Winnie se apeó. Antes de marcharse, se inclinó y miró al joven.

—Pase lo que pase, creo que he encontrado al mejor amigo que podía desear —se despidió.

* * *

El abogado condiscípulo de Trisher se llamaba Dougal Donnelly, pero todos le llamaban Doug. Era de la misma edad del joven y ya empezaba a labrarse una reputación en su profesión de abogado.

—De modo que el asesinato se cometió hace dieciocho años —dijo, después de que el joven le hubo expuesto el caso.

—Sí, en efecto.

—Dieciocho años... Convendría tener en cuenta algunos matices. Rod. La muerte de una persona, se puede cometer en muy distintas circunstancias. Por ejemplo, involuntariamente... un cazador al que se le dispara el arma o el atropello de un peatón que cruza indebidamente la calle...

»Puede suceder también en un arrebato de ira o tras una provocación gravísima... En cualquiera de ambos casos, tu amigo

no tendría nada que temer.

»Pero hay una tercera circunstancia. Si el crimen se planeó deliberadamente y se ejecutó con toda frialdad, entonces, me temo, tu cliente se vería en un serio aprieto, porque no le alcanzarían los beneficios de la prescripción.

—Es decir, podría ser juzgado y sentenciado.

—Efectivamente, Rod.

—Gracias, Doug, eso es todo lo que quería saber —dijo Trisher, procurando mantener la impasibilidad de sus facciones. Se puso en pie, pero entonces recordó algo—. ¿Conoces a un tal Pembroke?

Donnelly arqueó las cejas.

—¿Te relacionas con ese tipo? —se sorprendió.

—¡No, por Dios! He oído su nombre... y me pareció que tú...

—Rod, será mejor que te alejes de él, como del fuego del infierno. Si alguien merece el calificativo de mala bestia, es Pembroke.

Trisher recordó lo sucedido la víspera y asintió.

—Creo que tienes razón. De todos modos, me gustaría hablar con él —dijo.

El abogado se encogió de hombros.

—Preferiría que hubiese aún guerra en Vietnam y que te fueses voluntario allí. Estarías más seguro... pero si te has cansado de la vida, ve al «Semiramis». Es suyo.

—Gracias, Rod.

Trisher se encaminó hacia la puerta. Donnelly le llamó.

—Rod...

—Dime, Doug.

—No temas, seré discreto y no diré nada de J. B.

El joven respingó.

—Doug, ¿cómo demonios...?

—Me has dado muchos detalles, a pesar de que no has citado nombres. Y en Los Angeles sólo hay una familia en esas condiciones: J. B., la esposa que fue del que se considera víctima de un asesinato y la hija.

Donnelly alzó una mano.

—Pero puedes confiar en mi discreción. Y si necesitas ayuda legal, ven sin reparos. —Gracias, Doug.

El «Semiramis» era un local cuyo lujo eclipsaba a todos los demás. Las camareras, ataviadas con pretendidos atuendos babilónicos, circulaban incesantemente por las mesas. Pendientes del techo había una docena de columpios, adornados con flores, en los cuales estaban sentadas otras tantas muchachas, con cestas llenas de multicolores pétalos de flores y que arrojaban casi incesantemente sobre los clientes. Al fondo, en un enorme escenario, las atracciones se sucedían casi continuamente.

Había también numerosos individuos, vestidos correctamente y de rostro de palo. Trisher supuso serían guardianes del orden en el local. Todo el mundo podía divertirse, pero a nadie se le permitía extralimitarse.

Dado el aspecto del local, se dijo que resultaría tan difícil ver a Pembroke, como al Presidente de la nación. Pero se le ocurrió una idea y la puso en práctica inmediatamente.

Acercándose a uno de los vigilantes, le tocó en el hombro.

—Quiero ver a Pembroke —dijo, sin ceremonias de ninguna clase.

El sujeto se volvió y le miró de arriba abajo. Luego sonrió despectivamente.

—Para ver al señor Pembroke hay que concretar la cita con un año de antelación —contestó.

—Menos mal. Yo pensé que debería haberla solicitado el siglo pasado —repuso Trisher cáusticamente. Luego, con aire de confianza, apoyó la mano en el hombro del sujeto y añadió—: Amigo, ¿le gustaría evitar las colas en la Oficina de Empleos?

El vigilante respingó. Trisher, adoptando un aire truculento, chasqueó los dedos.

—Si no quiere que Pembroke lo despida a patadas, vaya y dígame que Trisher quiere hablar con él. Fíjese bien, T-r-i-s-h-e-r —deletreó—. Puede citar también el nombre de Danny Hopper. Y ahora, ¡por todos los diablos, vaya inmediatamente y repítale lo que le he dicho!

El sujeto se sobresaltó. Miró un instante al joven y luego salió disparado hacia una puerta situada en uno de los ángulos de la enorme sala. Mientras, Trisher decidió tomarse una copa y la pidió

en la barra, donde le atendió una hermosa muchacha, con el inevitable atuendo que pretendía estar de acuerdo con el nombre del local.

La *barmaid* le sirvió la bebida. Trisher tomó unos sorbos. De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—El señor Pembroke va a recibirle ahora —informó el vigilante.

Trisher soltó una risita.

—No hay como tener buenos amigos. —Miró a la camarera—. Cárguelo en la cuenta del jefe —se despidió.

No era su estilo ni mucho menos. Ordinariamente, solía ser muy correcto y hasta tímido en ocasiones, pero en aquel lugar y en tales circunstancias, pensó, la corrección y la timidez no eran sino estorbos. Sacó el pecho y caminó detrás de su guía.

CAPÍTULO VII

El despacho de Pembroke le dejó pasmado. Parecía la sala de mando de una astronave del siglo XXII. Para contribuir más a la ilusión de ambiente futurista, había un lienzo de pared casi completamente cubierto de pantallas de televisión de 32", cada una de las cuales mostraba un aspecto distinto del local. Desde su mesa, Pembroke podía vigilar todos los puntos del «club», sin perder de vista a clientes y empleados un solo segundo.

Pembroke, apreció Trisher, rondaba ya los cincuenta años y era un sujeto recio, de mediana estatura y rostro granítico. Tenía las manos muy bien cuidadas y, en la izquierda, humeaba un cigarro largo y delgado.

—Gracias por su visita, señor Trisher —dijo Pembroke—. ¿Puedo serle útil en algo?

—A eso he venido —contestó el joven sin dejarse impresionar por el ambiente—. He venido a que esta entrevista me sea de utilidad. Por cierto, ¿le duele el cuello todavía?

Pembroke lanzó un gruñido, mientras se frotaba maquinalmente el lugar indicado.

—Me pilló por sorpresa...

—Era la única forma de salir de allí.

—Y destrozó mi automóvil.

—Vamos, vamos, no llore por tan poca cosa. Paro vayamos al grano. Usted nos buscaba, es decir, a la señorita Holmes y a mí.

—No merece la pena negarlo. Sí, les buscaba.

—Bueno, por lo menos, tiene a uno de los dos. Dígame, ¿qué es lo que quiere de nosotros?

Pembroke se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Dónde está el cinturón de Sharp? —¿Qué hay en el cinturón

de Sharp?

—Eso no le importa...

—Sí me importa. Por una razón muy sencilla: cuando sacamos a Sharp, y no por nuestro gusto, claro, no nos fijamos en si llevaba o no ese maldito cinturón. Vimos el cadáver a cosa de medio metro de la superficie, y allí quedó todo el rato, hasta que lo remolcamos a la orilla. Luego avisamos a la policía y, créame, Pembroke, le guste o no, me crea o piense que soy un mentiroso, ni la señorita Holmes ni yo tenemos nada que ver con ese cinturón. No es que lo hayamos tenido en nuestras manos y luego entregado a la policía; es que no lo hemos visto jamás. ¿Quiere tomar nota de esto que acabo de decirle?

Pembroke pareció sentirse muy impresionado por las palabras del joven.

—Pero, entonces, ¿dónde diablos puede estar?

—¿Por qué no se lo pregunta a los que arrojaron a Sharp al fondo del mar?

Los ojos del sujeto chispearon.

—Oiga, ¿sabe que no sería mala idea?

—Hombre, veo que empieza a usar la cabeza —exclamó el joven—. ¿Quiénes asesinaron a Sharp?

—Muchacho, deje esto en mis manos —contestó Pembroke—. Voy a decirle una cosa: creo que no saben nada del cinturón. Pero, por su propio bien, olvídense de este asunto. Siga su vida y haga como si jamás hubiese estado en Santa Magdalena.

Yo me ocuparé de los que «apiolaron» a Sharp, ¿eh?

—¿Lo hará de la misma manera que con Hymie y Lasko?

Pembroke enrojeció.

—Son... asuntos de familia —contestó de mala gana.

—Ah, la gran familia de los gangsters. Arreglan sus negocios discretamente, entre ellos mismos, sin permitir que ningún extraño meta las narices en sus asuntos. Como suele decirse, la ropa sucia hay que lavarla en casa, ¿verdad?

—Algo por el estilo —admitió Pembroke.

—Muy bien, celebro que me haya creído —dijo Trisher—. Pero ahora desearía que me respondiese a una pregunta.

—Quizá no me convenga.

—Por lo menos, lo intentaré. ¿Fanthorpe es Danny Hopper?

Pembroke le miró fijamente.

—Piense como guste —contestó.

Trisher hizo un leve movimiento de cabeza.

—Ha sido una entrevista sumamente fructuosa —se despidió.

Abandonó el despacho, bastante aliviado. Pembroke le creía y, esperaba, los dejaría en paz. Pero ¿y Hopper?

¿Cómo reaccionaría el sujeto, después de saber que él y Winnie se habían fugado del encierro y que sus dos esbirros habían sido asesinados?

—De no haber sido porque he conocido a Winnie, desearía no haber ido jamás a Santa Magdalena —se dijo, mientras cruzaba la explanada de estacionamiento en dirección a su automóvil.

Mientras caminaba, vio venir a dos individuos en dirección contraria. El lugar estaba escasamente iluminado y, muy receloso en los últimos tiempos, se apartó prudentemente a un lado. Apenas lo había hecho, un tercer sujeto pasó rozándole y empezó a disparar contra los dos sujetos.

El pistolero no le había visto siquiera. Desde unos cuatro pasos de distancia, hizo fuego repetidas veces contra la pareja. Los estampidos tabletearon fragorosamente en la noche. Trisher vio los lancetazos de fuego que salían del arma y percibió los horribles chillidos de las víctimas.

Los dos sujetos cayeron sucesivamente al suelo. El pistolero aún disparó dos tiros de gracia. Luego dio media vuelta para huir y se encontró con el puño de Trisher en la mandíbula.

* * *

Cuando abrió la puerta, vio qué Winnie aparecía desmadejada, como si hubiese perdido por completo la moral. Ella estaba inmóvil y Trisher la agarró por un brazo y la llevó hasta el diván.

—¿Estás enferma?

—No.

—Desanimada.

—Más bien... horrorizada.

—Espera, te daré algo de beber.

Trisher pensó que el *whisky* o el coñac serían demasiado fuerte y puso tres dedos de jerez en una copa. Winnie bebió y luego lanzó

un hondo suspiro.

—Era él —dijo al cabo.

—Fanthorpe, ¿eh?

—No cabe duda. Hablé con la dueña de la perfumería. Ha vendido una docena escasa de frascos y ninguno a mi prometido.

—¿Tu... prometido?

—Oficialmente, sigue siéndolo, ¿no?

Trisher se mordió los labios.

—Eso es cierto —convino—. Pero, entonces, ¿por qué diablos tu prometido quiso que te ahogases en aquella ratonera?

—¿Y si lo dijo para impresionarnos y que acabásemos por ceder a lo que deseaba?

—Tal vez, es posible —convino Trisher—. De todos modos, tengo que averiguar quién es Danny Hopper. No sé cómo lo conseguiré, pero acabaré por saberlo. Otra cosa, y ésta más confortadora. Estuve hablando con Pembroke. Ella le miró atónita.

—¡Rod!

—Como lo oyes. Creo que he logrado convencerle de que no tenemos el cinturón. —Bueno, en medio de todo, es una excelente noticia. A ver si así nos deja en paz de una vez.

—El, sí, pero ¿y Hopper-Fanthorpe?

Winnie apretó los labios.

—Tengo que soportarle todavía... ¿Cuándo se acabará este martirio, Rod?

—No puedo asegurar nada y ni siquiera sé si tendrá fin algún día. Consulté con mi abogado. Si se demuestra que J. B. planeó el asesinato de tu padre, puede ir a la cárcel para el resto de sus días. El delito no ha prescrito aún, ¿sabes?

Winnie pateó el suelo.

—¡El no lo hizo! —exclamó—. Le conozco bien, es el hombre más bueno del mundo. Además, sé positivamente que ni siquiera conocía a mamá cuando todavía estaba casada con mi padre. La primera vez que se vieron fue seis meses después de la muerte de mi padre. Mamá me ha contado muchas veces cómo se conocieron, incluso yo era una chiquilla... Entonces no tenía sentido decirme una cosa semejante, ¿no te parece?

—Es un argumento muy razonable, pero, por desgracia, no se puede apoyar con pruebas. De todos modos, me alegra que creas en

la inocencia de J. B.

—Sí, para mí lo es. Pero, no comprendo... Si es inocente, ¿por qué ha montado Fanthorpe toda esta comedia?

—Por los millones de J. B.

—El contrato matrimonial está preparado y él no va a tener la menor intervención en los asuntos económicos de la familia.

—Pero hay una cosa que se llama divorcio. Entonces, el cónyuge que tiene dinero, paga al que no lo tiene.

Los ojos de la chica brillaron de furor.

—El muy... De modo que lo ha hecho solamente por eso, para divorciarse de mí y conseguir luego una indemnización.

—Parece ser que vio las cosas no demasiado seguras y decidió montar esa comedia —dijo Trisher.

—Pero si es falso, ¿cómo...?

—Winnie, por favor, cálmate. Tienes que conservar la tranquilidad y comportarte con él de una forma absolutamente natural. No le des a entender que sospechamos se trata de una trampa para obligarte a que te cases con él.

—Hubo un momento en que creí estar enamorada de ese impulsivo individuo. —Se lamentó la muchacha.

—Por fortuna, supiste verlo a tiempo —sonrió él.

—Sí, pero mis padres lo ignoran...

—Y deben seguir ignorándolo. Winnie, no sé cómo, pero acabaremos «cazando» a Fanthorpe y, además, de modo que no pueda provocar el escándalo. Aunque J. B. sea inocente, una acusación semejante podría perjudicarle gravísimamente.

Hemos de ser discretos, ¿comprendes?

Winnie sonrió.

—Rod, eres un chico estupendo. No sé cómo te las arreglas, pero cada vez que vengo a verte con problemas, consigues que se me pase todo y luego me encuentro mucho mejor.

—Lo celebro —contestó él—. ¿Otra copita?

—Claro, encantada.

Trisher llenó esta vez dos copas y las hicieron chocar.

—¿Sabes por qué voy a brindar? —dijo él.

—A ver, suéltalo.

—¡Por el cinturón de Sharp!

Winnie se echó a reír.

—Rod, creo que ese cinturón te ha curado de tu afición a la pesca. Ya no usarás jamás una caña, temiendo encontrarte un cadáver en el anzuelo.

—Puede que sea cierto. Sobre todo, si se piensa en que los asesinos de Sharp recibieron anoche su merecido.

Ella le miró horrorizada.

—¿Qué sucedió, Rod?

—Fue el hermano de Sharp, según he leído esta mañana en el periódico. Por venganza, naturalmente.

Relató lo ocurrido y añadió:

—Por supuesto, no me han relacionado con el asunto. Aunque derribé al hermano de Sharp, luego declaré que iba a subir a mi coche, cuando oí unos disparos y vi caer a dos hombres. La policía supone que el otro Sharp quiso correr demasiado y tropezó con algo, perdiendo el sentido, lo que les permitió detenerle.

Winnie sonrió.

—Tropezó con tu puño —dijo—. Bien, Rod, tengo que irme... Ah, lo olvidaba. ¿Vendrás a cenar mañana?

—¿Mañana? ¿Por qué? —se sorprendió él.

—Verás... Es una ocasión un poco especial. Asistirá Keith, por supuesto... pero rae parece que tu presencia me animará un poco.

—Si es por eso, cuenta conmigo... suponiendo que me haya despachado para esa hora.

—¿Tienes trabajo?

—He concertado una entrevista con Nils Showeli, el jefe contable de la «A. S.». Debo empezar a repasar los libros inmediatamente.

—Bueno, tampoco se hundirá la empresa porque empieces un día más tarde.

Procura venir, Rod.

—Haré todos los posibles, Winnie.

—Además, así conocerás a dos personas encantadoras: la bisabuela Louise Mary y la abuela Mathilda.

Trisher se quedó con la boca abierta.

—¿He oído bien?

—¡Claro! —dijo ella, riendo alegremente—. Mamá es muy joven; acaba de cumplir los cuarenta y uno. En su familia, las mujeres se casaron siempre muy jóvenes. La abuela Mathilda tiene sólo sesenta

años y la bisabuela... Oh, ésa se casó un poquito más tarde. El mes que viene cumplirá los ochenta y cuatro, pero todavía se mantiene tiesa como un poste. Claro que... —Winnie se puso triste—, vendrán a casa, porque quieren conocer a Keith...

Trisher cogió una mano de la chica.

—Sé valiente —dijo—. No dejes entrever nada de lo que hemos hecho hasta ahora.

—Keith puede sospechar...

—Voy como invitado de tu padre. Soy su empleado especial.

—Sí, es una buena excusa —aprobó ella.

De pronto, se levantó sobre las puntas de los pies y le besó en una mejilla.

—Hasta mañana, Rod —musitó.

Trisher se tomó una copa después de quedarse solo.

—Pobre chica... Mira que ir a toparse con ese tiburón...

El tiburón era una de las peores especies, pero también se podía cazar pensó, mientras encendía un cigarrillo.

CAPÍTULO VIII

Me he permitido asignarle este despacho, señor Trisher. Mientras dure su inspección, quiero que se sienta completamente a gusto y que sepa que en todo momento me tiene a su disposición.

Trisher contempló unos instantes a su interlocutor. Nils Showeli, jefe contable de la Aircraft Supplies, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, con lentes de cerco de oro y pulcramente vestido. Showeli ofrecía la típica estampa del oficinista intachable, activo y trabajador, pero también duro con los subordinados.

El traje de Showeli era impecable. Trisher observó los gemelos de oro que brillaban en los puños de su blanquísima camisa. Era un hombre que gustaba de los detalles, dedujo.

—Es usted muy amable, señor Showeli —contestó—. De todos modos, procuraré molestar lo menos posible.

—Para mí y para mis subordinados, será un placer atenderle en cuanto necesite. Verdaderamente, yo, más que nadie, deseo conocer el resultado de ésta auditoría. Soy el responsable de la contabilidad y, francamente, me sabría muy mal que alguien dudase de mí.

—No habrá tal caso —sonrió Trisher—. El señor Ronaldson me ha encomiado su competencia, pero, naturalmente, debe comprender su posición, ya que muy pronto habrá junta de accionistas y quiere estar preparado para responder a todas las preguntas que se le formulen.

—Sí, es lo justo. ¿Algo más, señor Trisher?

—¿Puede enviarme algo de café, por favor?

—Claro, en seguida se lo traerán.

Una atractiva secretaria llegó a los pocos momentos. Trisher la estudió unos instantes. Era la clase de empleada que procura

medrar basándose en sus encantos. Rubia platinada, *sweater* muy ajustado, falda ceñida, corta, y zapatos de tacón alto. «Te calé, pájara», pensó.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Irving, señor, Pamela Irving.

—Mucho gusto, señorita Irving. Por ahora, eso es todo.

La joven se marchó, con gran contoneo de caderas. «Ya hablaremos», se propuso Trisher.

Y luego se sumió en el estudio de los libros que tenía encima de la mesa.

Trabajó durante todo el día y ni siquiera quiso moverse del despacho a la hora del almuerzo. Hizo que le trajeran unos bocadillos y cerveza, comió sin darse cuenta de lo que comía y continuó hasta que, de pronto, se dio cuenta de que eran las cinco de la tarde.

Había sido una jornada muy intensa. Pero era viernes y al día siguiente estarían cerradas las oficinas. Por tanto, decidió llevarse dos libros a casa, para revisarlos a fondo durante el próximo fin de semana.

Los libros fueron a parar a la cartera que había llevado. Al salir, se despidió de Showeli. Pamela corrió a abrirle la puerta obsequiosamente.

—Hasta el lunes, señor Trisher —dijo, con voz que rezumaba miel.

Trisher sonrió.

—Buenas tardes, señorita.

Momentos después, subía al coche. Dejó la cartera en el asiento contiguo al suyo, accionó el contacto y pisó el acelerador.

La factoría se hallaba a unas veinte millas de Los Angeles. Trisher calculó que volvía en contra de la corriente de vehículos que se movían hacia las afueras de la ciudad, con sus ocupantes dispuestos a pasar el fin de semana. De todos modos, aún tenía casi quince millas hasta la autopista.

Condujo sin prisas, contemplando el paisaje, pero también atento a las curvas del camino. A un par de millas de la factoría, divisó un pesado camión de carga que marchaba en la misma dirección.

La carretera era bastante angosta y Trisher tuvo que reducir aún

más la velocidad. Pacientemente, empezó a tablear con los dedos sobre el aro del volante. Por el momento, no podía soñar siquiera en adelantar al camión. Era un tractor con remolque y parecía interminablemente largo.

De pronto, vio un espacio libre y se dispuso a adelantar. Miró antes por el retrovisor y vio un coche que se le acercaba rugiendo a toda velocidad.

El otro pasaría antes y decidió aguardar una mejor ocasión. No tenía sentido jugarse la vida por conseguir un minuto de adelanto. Tocó el freno y el otro coche se situó a su altura.

Maquinalmente, volvió la cabeza. Entonces vio un rostro oculto detrás de unas grandes gafas oscuras y una mano enguantada que sostenía una pistola con silenciador.

La reacción fue instantánea y se agachó en el instante en que salía el tiro. En el cristal derecho delantero apareció de repente un orificio estrellado.

Trisher tocó el freno nuevamente, sin levantar aún la cabeza. Volvió a oír el rugido del otro motor y comprendió que el asesino aceleraba. Quizá creía haberle acertado.

Asomó los ojos por encima del tablero. El otro automóvil iniciaba ya el adelantamiento. Cuando estaba a la mitad, el camión efectuó una brusca maniobra hacia la izquierda.

Trisher volvió a frenar. Casi con el coche parado, presenció el desarrollo de los acontecimientos.

El pesado vehículo tocó en el lado derecho al coche del asesino. A la izquierda había un profundo barranco. Unos metros más adelante, Trisher divisó una gran roca en la carretera, desprendida sin duda del talud que había a la derecha. La maniobra del conductor del camión, por tanto, era lógica.

Pero el coche del asesino se salía ya de la carretera y emprendió un veloz descenso por una pronunciada pendiente. De pronto, tropezó con algo y empezó a dar terribles volteretas.

Una rueda saltó por los aires. La tapa del motor y del maletero se levantaron y las puertas se abrieron, a la vez que un cuerpo humano salía violentamente despedido. El coche se levantó un par de metros en un tremendo salto, cayó sobre el conductor y luego continuó rodando, hasta estrellarse fragorosamente contra un enorme roble.

Trisher había detenido ya el coche y corrió hacia el borde del camino. El camionero saltó de su cabina y se le acercó, tirándose de los pelos.

—¡Ese maldito estúpido! —rugió—. Me harté de hacerle señales para que no adelantase, pero él no hizo el menor caso... Yo veía esa condenada roca y no tenía otra posibilidad que desviarme a la izquierda... Llevo el camión completamente cargado, ¿sabe? Son casi cincuenta toneladas y no se paran en veinte metros...

—No se preocupe, amigo. —Trisher lanzó una mirada al aplastado cuerpo que se veía a unos sesenta metros de distancia—. Cuando sea necesario, yo testificaré en su favor.

Sacó una tarjeta de visita y se la entregó al atribulado camionero. —Puede contar conmigo— añadió— la culpa fue de ese desgraciado.

—No sé cómo darle las gracias.

Trisher sonrió.

—Usted no tiene la culpa de nada y, repito, estoy a su completa disposición. Si tiene radio en el camión, llame a la policía. Ahora, dispénsame, pero tengo que asistir a una reunión muy importante y voy corto de tiempo.

No tenía ganas de esperar allí a la patrulla y que vieran el orificio de bala en el cristal. De todos modos, al sentarse tras el volante, bajó la luna hasta que desapareció el agujero estrellado.

Luego pasó lentamente junto al camión y agitó la mano. El camionero contestó con un gesto análogo.

Había tenido suerte, se dijo, mientras aceleraba. «Me he salvado por los pelos.

Pero ¿por qué?», se preguntó.

¿Otra vez el maldito cinturón?

Evelyn Ronaldson le recibió con gran afecto.

—Winnie nos dijo que le había invitado y yo me siento muy contenta de tenerle otra vez en casa, profesor.

—Para mí es un honor, señora. Muchas gracias por sus palabras tan amables.

—Venga profesor...

—Señora, por favor, llámeme Rod. Se lo dije a su esposo: el título queda para los alumnos y los colegas más veteranos.

Evelyn rió ligeramente.

—Como quiera, Rod. Winnie me ha dicho que le contó ciertos detalles de familia. —Oh, sí, y debo decirle que me quedé pasmado. De modo que aún viven su madre y su abuela...

—Felizmente para todos nosotros —contestó Evelyn.

Y entraron en un saloncito, donde había dos mujeres, una de las cuales, con los cabellos de color ceniza, se retocaba frente a un gran espejo con marco de cornucopia dorada.

—No te mires tanto; a tu edad ya no encontrarás pretendientes, Mathilda —dijo la más anciana—. Pórtate como una dama y no como una chiquilla quinceañera. A tus años ya no estás más que para hacer calceta y acostarte todos los días a las nueve de la noche.

Trisher ocultó una sonrisa. La más anciana vestía con cierta severidad, traje negro, con vivos blancos, y tenía una frondosa cabellera completamente blanca y muy cuidada. Pendiente del cuello llevaba un valioso medallón y los impertinentes con montura de oro.

—Mamá, todavía soy joven —contestó la que estaba frente al espejo—. Me siento estupendamente y no tengo por qué descuidar mi aspecto. Claro que los hombres ya no vuelven la cabeza como en mis buenos tiempos...

—En mis buenos tiempos, te habría dado una zurra y luego te hubiera enviado a la cama sin cenar.

—Eso era en el siglo pasado, cuando las mujeres eran esclavas de los hombres... —¿Por qué no dejan de discutir?— intervino Evelyn de pronto. —Abuela, mamá, quiero que conozcan a un invitado muy especial.

Las dos mujeres se volvieron en el acto.

—¿Es él, Evelyn? —preguntó Mathilda.

Louise Mary se puso los impertinentes delante de los ojos.

—No está mal —dijo—. Mi difunto Stephen, pese a todo, era muy apuesto. Pero supongo que mi biznieta le quiere a usted, ¿no es cierto?

—Señora, yo... —dijo Trisher, turbado.

—Para nieto político, queda pasable —añadió Mathilda, displicente.

—Creo que os equivocáis, abuelas —sonó de pronto la voz de Winnie—. Mi prometido es este que tengo al lado y no el profesor Trisher.

Evelyn y el joven se volvieron de inmediato. Winnie aparecía en el umbral, colgada del brazo de Fanthorpe.

—Vaya, de modo que ése es tu futuro esposo —dijo Mathilda.

—Me gusta más que el profesor —añadió Louise Mary—. Es mucho más guapo y más arrogante. Mi difunto Stephen sentiría envidia de él, si viviese.

Fanthorpe se acercó a las dos mujeres y besó sucesivamente sus manos, con gestos llenos de galantería.

—No habrá para mí más día feliz que éste, salvo el de mi boda —dijo melosamente.

Las dos mujeres lanzaron grititos de satisfacción y llenaron de elogios a Fanthorpe. Trisher observó de reojo a Evelyn y la vio tensa y seria. Winnie, por su parte, no se sentía mucho mejor, aunque se esforzaba por sonreír.

Al cabo de unos momentos, Fanthorpe se volvió hacia el joven y le dirigió una mirada penetrante. Trisher comprendió en el acto el significado de la mirada. «La he conseguido. Es mía y nada podrá evitar que se convierta en mi esposa». Trisher contestó de la misma silenciosa manera: «No cantes victoria todavía, presuntuoso individuo. Si te retirases a tiempo, todavía podrías salvarte... pero tu orgullo te impide retroceder y así, la caída, será mucho más dolorosa».

A los pocos momentos, el mayordomo anunció que la cena estaba servida.

Trisher dio el brazo a Louise Mary.

—Todavía soy fuerte, pero, claro, hay que cubrir las formas —dijo la anciana—. No se vaya a creer que necesito apoyo para andar y... Oiga, joven, ¿de qué es usted profesor?

—Economía, señora —contestó Trisher.

—Eso no se enseñaba en mis tiempos —rezongó la anciana—. Economía... ¿Es que no basta con saber las cuatro reglas?

Trisher ocultó una sonrisa. Y luego, durante la cena, se afanó en explicar a la buena mujer las reglas más elementales de la Economía. En realidad, necesitaba olvidar que estaba sentado a la misma mesa que Fanthorpe.

Como en la ocasión anterior, Ronaldson llenó dos copas y entregó una al huésped.

—¿Tiene algo nuevo que contarme, muchacho?

—Por ahora, no demasiado, señor. Me he llevado un par de libros a casa, para repasarlos a fondo durante el fin de semana. Tengo la impresión de que el lunes podré anticiparle algo sobre el particular.

—Alguien está metiendo mano en el saco del dinero y eso no me gusta en absoluto. Pago buenos sueldos, más elevados que en cualquier otra empresa similar, y procuro siempre que mis empleados trabajen en las mejores condiciones posibles. Pero, a cambio, les exijo lealtad. Detesto los traidores, ¿comprende?

—Sí, señor. Sin embargo, no es usted el único que se ha visto en una situación semejante.

—Oh, no, claro. De todas formas, tampoco es muy corriente una pérdida de más de millón y medio. Ese dinero se ha ido a alguna parte. ¿Adónde, Rod?

—Habrà que averiguarlo, en efecto. De todos modos, tengo que decirle una cosa: resultará muy difícil descubrirlo. Por lo poco que he podido apreciar, hasta ahora, los libros están en perfecto orden.

—Sí, es una estafa muy bien realizada. —De pronto, Ronaldson clavó sus ojos en el rostro del joven—. Pero aún ése es un problema menor, comparado con el otro que me ha planteado Winnie.

—Ella ama a su prometido, señor.

Ronaldson tiró la copa al suelo, lleno de furia.

—Eso es lo que me irrita, que haya perdido la cabeza por un tipo sin seso, que sólo sabe lucir la figura. Porque, vamos a ver, ¿qué sabe hacer ese hombre? Ni siquiera me atrevo a darle un puesto de portero en el edificio donde están mis oficinas. Sólo es guapo, culto, habla bien...

Trisher se acuclilló y empezó a recoger los restos de la copa.

—¿No se le ha ocurrido, señor, encargar una investigación personal sobre Fanthorpe?

—Me pareció indiscreto, Rod.

—Si Fanthorpe fuese un tipo competente y usted quisiera darle un puesto de ejecutivo en sus empresas, ¿no le haría investigar antes?

—Eso es distinto... Tampoco le he investigado a usted. Me

precio de tener buen ojo para conocer a la gente muy pronto.

—Eso no siempre da buenos resultados, señor.

—Rod, ¿me está aconsejando que haga investigar a Fanthorpe?

—¿Por qué no me permite que lo haga yo?

Ronaldson le miró oblicuamente.

—De este modo, nadie relacionará su nombre con la investigación —añadió Trisher.

—Muy bien, de acuerdo. Con una condición.

—¿Sí?

—Pásame después la nota de gastos.

—De acuerdo. Y ahora, ¿puedo hacerle una pregunta, señor?

—Claro. ¿Qué es, muchacho?

—¿Cómo se siente un hombre con dos suegras?

Ronaldson se quedó sorprendido un instante y luego se echó a reír.

—Comprendo —dijo—. Bueno, en el fondo, la suegra y la abuela son estupendas. Por fortuna, viven independientemente de nosotros; si no, esta casa se convertiría en una olla de grillos. Tienen su capital y yo me encargo que no deban preocuparse por la administración de sus bienes. El financiero se puso serio.

—Otra cosa me preocupa más y usted lo sabe —añadió.

Trisher llenó otra copa y se la entregó.

—Todo saldrá bien —vaticinó.

Ronaldson despachó el coñac de un trago. Luego fijó la vista en el joven.

—Usted sí haría un yerno estupendo —dijo.

Trisher respingó.

—Pero si no me conoce apenas...

—Antes dije que me precio de tener buen ojo clínico para conocer a las personas. A Fanthorpe le calé apenas le vi por primera vez. No comprendo, no comprendo cómo Winnie puede ser tan terca...

—El amor, no le dé más vueltas —contestó Trisher, lamentando no poder contarle toda la verdad a su interlocutor.

Hubo un momento de silencio. Luego, Trisher sonrió.

—Bueno, tengo que marcharme. Mañana he de madrugar para trabajar —manifestó.

Fue hacia la puerta y la abrió. Fanthorpe apareció en el umbral,

con una sonrisa de circunstancias en los labios y las manos en el pecho.

—Perdón, creo que he perdido mi encendedor...

Trisher movió la cabeza hacia atrás.

—Yo fumo muy poco y nunca llevo fósforos encima. Ahí adentro encontrará lo que busca.

Fanthorpe miró por encima de su hombro, vio a Ronaldson y retrocedió.

—Bueno, bien mirado, no tengo muchas ganas de fumar... Dispense...

El sujeto se marchó. Trisher quedó en la puerta.

Detrás de él, Ronaldson murmuró:

—¿Habrán estado escuchándonos?

Trisher continuó con su táctica de mostrar ignorancia en algunos asuntos. —Pienso que el señor Fanthorpe es un hombre muy correcto y que no cometería jamás una indiscreción semejante— contestó.

CAPÍTULO IX

Trisher oyó el chasquido de la cerradura y levantó la cabeza. Winnie asomó por el hueco de la puerta.

—He estado llamando, pero no me contestabas —se disculpó la muchacha.

—Perdona, estaba concentrado en mi labor...

Trisher se levantó y salió a su encuentro.

—¿Cómo te encuentras, Winnie?

—Muy nerviosa. Pasé una velada fatal.

—Es domingo por la tarde. Ya has tenido tiempo de recobrarte, me parece.

—Sí, aunque pensé que me llamarías por teléfono...

—Lo siento. Me he enfrascado en la labor y he llegado a olvidarme por completo de cuanto sucede a mi alrededor.

—Sí, suele ocurrir, cuando uno se concentra en alguna cosa. — Winnie agarró la cafetera, pero vio que estaba vacía—. Haré café —dijo, mientras se encaminaba a la cocina.

Un cuarto de hora más tarde, encendieron sendos cigarrillos. Winnie lanzó una mirada a lo que parecía un revoltijo de libros de cuentas y papeles, encima de la mesa del comedor.

—Me puse a trabajar aquí, porque es más espacioso y hay mejor iluminación. Mi despacho es sólo para cosas que no me ocupen demasiado tiempo. Tengo que cambiarme de casa, pero aún no he encontrado una a gusto —declaró el joven.

—Aquí estás bien —dijo ella—. Claro que, si progresas...

—Eso espero. Me han anunciado que se va a alzar una segunda edición de mi libro. En Harvard quieren que vaya a explicar mis teorías. No sé cómo me arreglaré con mis clases, aquí...

—Harvard, ¿eh? Es para sentirse orgulloso, Rod.

—Sí, lo admito. Pero antes quiero dejar despachadas otras cosas más urgentes.

—Por ejemplo, esos libros de cuentas. ¿Has encontrado algo?

—Sospecho que sí. Es más, incluso tengo la certidumbre que he descubierto dónde está la trampa.

Los ojos de la muchacha chispearon.

—¿Puedo saberlo?

—Claro. Ven, te lo explicaré gráficamente.

Estaban en la sala y se levantaron. Trisher se acercó a la mesa llena de papeles. Había dos libros y los puso paralelamente el uno al otro, separados por una distancia equivalente al ancho de uno de los libros.

—Verás, antes de decirte nada, quiero darte una pequeña explicación. Algunos autores escriben sus obras de una forma un tanto extraña; por ejemplo, los capítulos son relativamente independientes entre sí, de modo que se pueden leer sin seguir el orden en que están impresos. No obstante, siempre hay una relación entre el capítulo cuarto y el sexto, pongamos por caso.

»Algunas obras —continuó el joven—, han sido publicadas en tres tomos, pero están construidas de una forma muy especial. Acabas el primer tomo y la acción parece continuar en el tercero, de tal modo, que apenas si puedes darte cuenta de que falta el segundo, a no ser por algún detalle que se cita en el segundo y que tú no has leído, claro está.

»Pues bien, con estos libros de cuentas sucede lo mismo. —Trisher señaló sucesivamente los dos libros—. Número uno y número tres. Cuadran perfectamente, de modo que todo el mundo puede creer que son los números uno y dos. Pero ese hueco que ves ahí es para el auténtico número dos, que es el que falta.

Winnie se quedó sin aliento.

—Y ahí es donde está el meollo del caso —adivinó.

—Exactamente. Sólo un experto, y perdona la inmodestia, y después de mucho trabajo y numerosas comprobaciones, puede saber que falta el número dos. En el cual, me imagino, están las pruebas del desfalso.

—Entonces, sólo falta saber dónde está el libro.

—Sí, pero, para decirlo con una frase infame, la duda me corroe: Y, además, tenemos que contar con dos posibilidades. Una, está

escondido. Aún tendríamos esperanzas, en tal caso. La otra, ha sido destruido y, sinceramente, creo que eso es lo que ha sucedido.

—Con lo cual han sido eliminadas las pruebas del desfalco.

—No por completo, aunque sí haría la investigación mucho más larga y costosa. Y eso resultaría verdaderamente fastidioso.

—Papá no tiene prisa. Lo único que quiere es cortar las pérdidas.

—Sí, pero la semana próxima hay junta de accionistas y no puede ir con suposiciones de: «Creo que me roban, sospecho que alguien manipula los libros...». No, no puede hacer eso, Winnie. A los accionistas hay que darles explicaciones claras y bien definidas. De otro modo, ellos pueden solicitar una auditoría de cuentas... y tu padre no saldría muy bien parado.

Winnie suspiró.

—Y, por si fuese poco, el otro asunto —se lamentó.

—Sí, estamos metidos en un verdadero lío —admitió Trisher—. Confío en que todo se resolverá, pero ¿cuándo?

Hubo un momento de silencio. De pronto, estalló el timbre del teléfono, haciéndoles sobresaltarse.

—Dispensa, Winnie —murmuró él.

Se acercó al teléfono y lo levantó.

—Trisher —dijo secamente.

—Hola, encanto —sonó una voz melosa al otro lado de la línea—. ¿Se ha olvidado ya de mí?

—¿Quién es? —preguntó el joven, desconcertado.

—Pamela Irving. Pensé que vendría a verme; le dejé una tarjeta sobre su mesa...

—No me fijé en ella, lo siento.

—A pesar de todo, creo que le convendría venir a verme. Tengo cosas muy interesantes que contarle.

—¿Cuál es el tema?

—Los dineros que van y vienen y vuelan y no se sabe cómo... ¿No le parece interesante, señor Trisher? —dijo Pamela, en el tono más insinuante que pudo hallar.

Trisher se puso rígido.

—Sí, es un tema muy interesante. Pero no recuerdo haber visto su tarjeta.

—Apartamentos Longview,

25 F.

Estaré aguardándole, señor Trisher.

—Muy bien. Iré en seguida.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Lo siento —dijo—. Tengo que salir.

—¿Algo interesante?

—Creo que me van a hacer confidencias sobre el asunto del desfalco.

—Me agradecería ir contigo...

Trisher pensó en la excitante secretaria y meneó la cabeza.

—No. Si te vieran, sospecharían algo y se negarían a hablar conmigo. Será mejor que te vuelvas a casa, Winnie.

—De acuerdo, pero llámame en seguida, Rod.

Salieron juntos de la casa y montaron en los coches respectivos. Trisher agitó la mano. Winnie sonrió.

Veinte minutos más tarde, Trisher divisó el alto edificio de los apartamentos Longview. Redujo la marcha y se paró al encontrar un hueco junto a la acera, a unos cincuenta metros de la casa. Se apeó por la derecha y miró disgustadamente el orificio de la bala. Hasta el día siguiente no podría cambiar el cristal agujereado.

Echó a andar. De pronto, oyó una sirena.

Era extraño. La sirena sonaba en las alturas y descendía rápidamente.

Levantó la vista. Algo bajaba con tremenda velocidad, dejando tras sí la estela de un chillido de tonos indescriptibles.

El instinto le hizo saltar hacia atrás. La cosa chocó contra el duro asfalto, con un ruido horripilante, que ponía los pelos de punta, rebotó un poco y luego se quedó quieta, con los brazos y las piernas extendidas trágicamente.

Trisher contempló un instante la rubia cabellera, casi completamente roja de sangre. El rostro de Pamela había perdido toda apariencia humana. Casi sintió ganas de vomitar.

Dada la fecha y la hora, había poca gente, aunque sí la suficiente para que, un segundo después, empezasen a oírse chillidos de espanto. Trisher retrocedió unos pasos y tuvo que apoyarse en su coche, para no caer redondo al suelo. Sí, pensó, debía de ser muy importante lo que tenía que decirle Pamela Irving. Y alguien lo sabía y había conseguido evitarlo, mediante un salto desde veinticinco pisos de altura.

Donnelly le llamó al día siguiente.

—Tengo algo importante que comunicarte —dijo.

—Muy bien. Adelante, Doug.

—No. Ven a mi despacho.

La puerta se abrió en aquel instante y Trisher vio a Winnie. Con la mano, hizo un gesto para que entrase y siguió hablando:

—De acuerdo, Doug. Oye, Winnie Holmes está conmigo. ¿Te parece bien que me acompañe?

—Perfectamente. Incluso lo deseo, Rod.

Trisher colgó el teléfono, justo cuando la chica se le acercaba.

—¿Por qué me has mencionado? —preguntó ella.

—Estaba hablando con el abogado que me asesoró sobre el problema de J. B.

—Te dije que guardases el secreto...

—No cité ningún nombre, pero él no es tonto y adivinó en seguida de quién se trataba. Es un chico muy listo, más que yo. Tiene una excelente reputación y un día alcanzará puestos muy elevados.

—Lo celebro. Pero ¿qué es lo que quiere ahora?

—Necesita decirme algo importante y no quiere hacerlo por teléfono. Si te mencioné, es porque acababas de llegar y él mismo ha dicho que incluso desea que estés presente. Pero eso es todo lo que puedo decirte.

—Comprendo. ¿Vamos a ir ahora?

—Inmediatamente. Espera que me cambie de ropa y nos iremos sin perder un instante.

Trisher fue al dormitorio y volvió diez minutos más tarde. Agarró el brazo de Winnie y la empujó hacia la salida.

—Rod, todavía no me has dicho adónde fuiste ayer —le recordó la muchacha.

—Me llamó cierta persona. Dijo que tenía noticias interesantes.

—¿Lo son?

—Creo que sí.

—¿Cómo que lo crees? ¿Es que no sabes discernir?

Trisher abrió la portezuela de su coche y esperó a que ella se sentase. Luego ocupó el volante.

—Supongo que son interesantes, porque esa persona sufrió ayer una caída desde el piso veinticinco de un edificio de apartamentos —dijo, a la vez que accionaba la llave de contacto.

Winnie se estremeció.

—Dios mío, es horrible —murmuró.

—Estuvo a punto de caerme encima. Se estrelló contra el suelo a menos de diez pasos del lugar en que se hallaba. —¿Asesinato, Rod?

—Oficialmente, se ha dictaminado suicidio. Para mí, sin embargo, no hay duda: la asesinaron. —Ah, era una mujer.

—Y trabajaba en la sección de contabilidad de la «A. S.». Ella movió varias veces la cabeza.

—Empiezo a creer que es cierto lo del desfalco —dijo—. Recuerda, el libro número dos. Ahí está la clave —contestó Trisher solemnemente.

CAPÍTULO X

Danny Hopper, alias Ted Howland, alias Christopher McCrea, nacido John Joseph Showeli y actualmente bajo la identidad de Keith Ardmore Fanthorpe.

Donnelly tenía una hoja de papel en la mano y recitaba con voz monótona, mientras Winnie le escuchaba con los ojos muy abiertos y la respiración en suspenso. Trisher, sin embargo, fumaba plácidamente un cigarrillo.

El abogado continuó:

—Condenados tres veces por robos menores, dos por estafas y otras dos por falsificación. He de hacer notar que la primera condena fue a la edad de dieciocho años. La última, precisamente por falsificación, fue hace diez y sólo cumplió seis por buena condena. Desde entonces, no ha tenido más conflictos con la ley.

—De modo que el señor Fanthorpe es todo eso —dijo Trisher.

—Aún puedo añadir algo más, aunque no tiene importancia, pero sí sirve para describir mejor a nuestro personaje. Entre la gente de... su mundo, le llaman «Pluma Linda». No es un apodo derivado de unas posibles tendencias homosexuales, sino de su facilidad para imitar firmas, entre otras cosas. A decir verdad, unos se lo llaman en español, ya lo habéis oído, y otros en inglés, «Pretty Pen». Todo depende de la persona que utilice sus servicios.

—En resumen, es un hábil falsificador —dijo el joven.

—Efectivamente —corroboró Donnelly.

Winnie se tapó los ojos con las manos. Donnelly y Trisher cambiaron una mirada. Trisher dio una palmadita en los hombros de la muchacha.

—Y el apellido legítimo es Showeli.

—Sobre eso no cabe la menor duda, Rod —contestó el abogado.

—Puede ser una coincidencia, pero no es un apellido muy común —murmuró Trisher pensativamente—. Y puesto que las habilidades del señor Fanthorpe consisten en falsificar documentos, debemos deducir que ha puesto su pluma al servicio de la persona que ha estado vaciando la caja de la Aircraft Supplies.

—No me cabe la menor duda, Rod.

Winnie alzó la cara súbitamente.

—En cuanto le vea, le diré...

—Tú no le dirás nada —cortó Trisher enérgicamente—. Imagino que Fanthorpe está muy receloso por todo lo ocurrido, pero no quiero que te delates. Hasta ahora, según parece, no ha recurrido a la violencia. Pero el botín es demasiado apetitoso como para no dar de lado ciertos escrúpulos.

—Un botín de millón y medio —dijo Donnelly—. ¿No es ésa la suma que se supone perdida por la «A. S.»?

—Sin contar con lo que podría obtener, una vez casado con Winnie y cuando más adelante pidiera el divorcio —añadió Trisher.

—Sí, es cierto, pero en todos estos casos, tarde o temprano, siempre se producen fallos. No es un asunto que pueda realizarse por una sola persona. Tienen que intervenir más y entonces, alguien o pide una cantidad mayor por sus digamos servicios p amenaza con revelar todo lo que sabe. Por tanto, el plan corre peligro de no llegar a buen término y se decide un asesinato. Entonces, ha quedado un cabo sin atar o alguien más se entera...

—En fin, como las cerezas de un cesto —sonrió Trisher.

—Exactamente, Rod.

—Y el primero de la serie, no cabe duda, fue Sharp. Por ahí empezó todo.

—Pero no sabemos cómo acabará —intervino Winnie—. Además, Sharp no tenía ninguna relación con el desfalco.

—Muchacha, empiezo a pensar que todo está más relacionado entre sí de lo que creemos —dijo Trisher. Miró a su amigo—. Doug, envíame la minuta de honorarios en cuanto puedas.

Donnelly hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes, Rod. Señorita Holmes, siento verdaderamente lo que le sucede. Pero tengo la impresión de que todo se resolverá muy pronto. Y lo conseguirá el hombre que tiene a su lado.

Winnie sonrió desvaídamente.

—Gracias, señor Donnelly.

Salieron a la calle. Ella se dio aire con una mano.

—No lo digo por tu amigo, claro, pero me parece que he estado en una cloaca —dijo.

—Sí, después de haber oído el historial de Fanthorpe, satisface estar al aire libre.

¿Te llevo a casa?

—Tengo mi coche parado frente a la tuya —contestó ella.

—Muy bien, vamos a buscarlo.

Trisher condujo de nuevo. Mientras volvían, pensó de nuevo en Pamela Irving.

—¿Qué diablos podía saber esa mujer? —se preguntó.

De pronto, se le ocurrió una idea y se dijo que la pondría en práctica al día siguiente, apenas se despertase.

* * *

Winnie detuvo el coche frente a la casa, se apeó y corrió a través del jardín.

Llamó a la puerta y oyó la voz de Trisher:

—Está abierta. Pasa.

Empujó la puerta y entró casi a la carrera. Trisher estaba sentado en el diván, con un gran papel extendido sobre la mesa baja.

—¡Rod! Por el amor de Dios, ¿dónde has estado estos tres días? —exclamó ella—. Te marchaste sin avisar, sin decirme siquiera adonde ibas...

El joven sonrió.

—Ven, siéntate a mi lado y discúlpame —contestó—. Lo cierto es que no quería que nadie supiese adónde me iba.

—¿Ni yo tampoco?

—Pueden tenerte vigilada. Es más, apostaría que no te dejan a sol ni a sombra. Y hasta podría ser que el teléfono de tu casa estuviese intervenido.

—¡No me asustes, Rod!

—Eres la pieza principal en un juego de muchos miles de dólares, millones, sería lo correcto. Pero no te preocupes, no pasará

nada. ¿Ves esta carta náutica?

—¿Una carta náutica? ¿Qué objeto tiene? —preguntó ella, enormemente asombrada.

—Espera un momento y lo sabrás. Como sin duda recordarás, porque esto no se olvida en la vida, todo empezó cuando pescamos el cadáver de Sharp. Hay mucha gente interesada en su famoso cinturón, el cual, por si no lo sabías, era una pieza muy interesante, de cuero sumamente fino, pero adornada con grandes medallones de plata mexicana, con grabados más o menos precolombinos. La hebilla era asimismo muy grande, pero de cierre un tanto complicado. ¿Me sigues?

—Sí, pero ¿cómo has sabido tantos detalles del cinturón?

—Bueno, Donnelly emplea una agencia de investigaciones que le proporcionan en ocasiones informes necesarios para la defensa de su cliente. Ha puesto en marcha la maquinaria de esa agencia y hemos sabido cómo era el cinturón de Sharp.

—Ahora ya lo entiendo. Sigue, por favor.

Trisher cogió un papel que tenía al lado de la carta náutica.

—Una copia del informe que el forense hizo sobre la autopsia realizada al cadáver de Sharp —dijo—. Las uñas aparecieron rotas, desportilladas e incluso faltaba la del índice de la mano derecha. No fue debido a torturas por parte de sus asesinos. En las uñas aparecieron rastros de hilo de cáñamo y fragmentos microscópicos de plata mexicana. Eso quiere decir que primero trató de liberarse del lastre que le sujetaba al fondo y que, incluso, lo consiguió. Luego, cuando ya subía, se quitó el cinturón con los adornos. Pero sus pulmones ya no pudieron resistir más y murió.

—Una muerte horrible —dijo ella—. ¿Qué más?

—Bien, para confirmar una hipótesis que se me había ocurrido, fui a la base naval de San Diego y estuve conversando con oficiales expertos en la materia. Además, ello me sirvió para, digamos, refrescar mis conocimientos sobre el asunto.

—Conocimientos, ¿sobre qué? —se extrañó Winnie.

—Bueno —sonrió él—, soy oficial de la Reserva Naval y, durante mi período de adiestramiento estuve adscrito a lo que la gente llama corrientemente hombresrana. Y, en estos tres días, he hecho unos cuantos ejercicios de inmersión y he podido comprobar que puedo descender sin dificultad a los sesenta metros. Naturalmente,

para volver a la superficie, debo respetar las etapas prescritas de alto, a fin de evitar una descompresión demasiado rápida... que es lo que le sucedió a Sharp cuando se soltó del lastre.

—Me parece que te voy entendiendo —sonrió la muchacha—. Todo lo que estás diciendo es terriblemente atractivo. Rod, me tienes con el alma en un hilo. ¿Por qué no sigues?

Trisher se echó a reír.

—Aguarda, no tardarás en saberlo todo. La costa de Santa Magdalena, en aquellos parajes, es muy llana. En el punto donde encontramos a Sharp, la profundidad máxima es de treinta brazas. Para que lo entiendas, cincuenta y cuatro metros. Un cinturón grande y pesado que no aparece, ¿no te sientes capaz de imaginarte dónde puede estar?

Los ojos de Winnie brillaron.

—¡Claro! Allí mismo, en el fondo del mar... ¿Es que piensas sumergirte, Rod?

—Puedes tenerlo por seguro, Winnie.

—Pero correrás mucho riesgo...

—Es un lugar tranquilo, con corrientes mínimas.

—Hay tiburones.

—No, no es zona frecuentada por los escualos. En todo caso, iré prevenido con armas especiales contra peces grandes y peligrosos. Arpones con cabeza explosiva y demás, ¿comprendes?

—¿Tienes equipo?

—Sí. Me lo prestaron en la Base Naval. Todo lo que necesitaba está ya en casa.

Ella lo contempló con admiración.

—Debes de tener buenos amigos —sonrió.

—Sí, los tengo.

—Rod, ¿cuándo piensas sumergirte?

—Mañana, después de mediodía. ¿Dónde está tu barca?

—Allí, en la casa de la playa... Hay un matrimonio que se cuida de la propiedad.

Es de mis padres, ¿sabes?

—Estupendo. Pero no nos fallará el motor, como en aquella ocasión.

—Cambié la barca. Ahora hay otra nueva. Sé que funciona estupendamente.

Trisher se puso en pie.

—Voy a hacer un poco de café —dijo.

Fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. De pronto, oyó un grito de la muchacha.

—¡Rod!

El joven echó a correr. Winnie estaba junto a una de las ventanas, oculta por los visillos.

—Keith está afuera —dijo ella.

Trisher se acercó prudentemente a la ventana. Al otro lado de la calle se divisaba un coche ocupado por dos personas. El acompañante de Fanthorpe llevaba sombrero y gafas oscuras.

—¿Quién es el otro individuo, Rod? —preguntó Winnie.

—No tengo la menor idea. Pero él ha estado utilizando los servicios de algunos hampones y eso evidencia su interés por el asunto. Ya no se trata de falsificar algunos documentos, sino de millones de dólares.

El coche arrancó de pronto y se perdió de vista a los pocos segundos. Winnie se sintió muy preocupada y dijo que volvería a casa en seguida.

—Tendremos que madrugar —dijo él—. Pasaré a recogerte a las siete en punto.

—Estaré lista —prometió la chica.

Trisher volvió luego al estudio de la carta náutica. La casa de Winnie se hallaba a unos mil metros, aproximadamente, del lugar en que habían encontrado el cadáver. Fijó su posición en la carta y luego se dedicó al estudio de los fondos marinos de aquellos parajes.

Al anoecer, llamó un hombre, vestido con un mono de color amarillo en el que se leían las palabras del nombre de una agencia de alquiler de vehículos.

—¿Ha pedido usted una furgoneta ligera? —preguntó.

—Sí —respondió Trisher—. ¿La ha traído?

—En efecto. ¿Quiere mostrarme su documentación, por favor?

—No faltaría más, amigo.

Momentos después, Trisher firmaba el recibo correspondiente y entregaba un cheque por el anticipo solicitado por la agencia. El hombre le entregó las llaves y se marchó.

Cuando se disponía a acostarse, llamó Winnie por teléfono:

—Rod, ocurre algo horrible —dijo.

—¿Qué es? —se alarmó él.

—Keith... Hemos estado hablando hasta hace poco. Exige que nos casemos cuanto antes, mañana si es posible.

—Ese hombre está loco —barbotó Trisher—. Tenía entendido que iba a ser una ceremonia por todo lo alto...

—No, él nunca quiso otra cosa que una boda sencilla, sólo con los más íntimos. A decir verdad, ya estaba todo preparado; podríamos casarnos en cualquier momento... Rod —dijo ella afligidamente—, no sé qué hacer. Le he pedido que me conceda esta noche para reflexionar...

Trisher torció el gesto. Las exigencias de Fanthorpe ponían el asunto muy difícil.

Pero, de pronto, creyó haber encontrado una solución.

—Winnie, ¿están las abuelas ahí?

—No. Se fueron ayer... Residen en Santa Mónica...

—Muy bien. Dile que accedes a la boda, pero que no quieres hacerlo sin llevar puesto el aderezo que llevó ya la madre de la bisabuela Louise Mary. Dile que es tradición entre las mujeres de la familia y que no quieres romperla bajo ningún pretexto. Por tanto, necesitas dos días... que es más que suficiente. ¿De acuerdo? —Rod, Dios te bendiga— dijo la chica. —No sé qué haría sin ti...

—Seguramente, no habrías asistido a la pesca de un cadáver —dijo él jovialmente—. Recuerda, a las siete en punto estaré aguardándote en la puerta de tu casa.

—Sí, Rod. Ahora mismo llamaré a Keith... Seré puntual, te lo prometo. Trisher, por su parte, también se prometió otra cosa. En cuanto viese a Fanthorpe le daría un buen puñetazo en la nariz.

CAPÍTULO XI

La casa de la playa tenía un pequeño canal que permitía embarcar directamente en la lancha, desde el cobertizo en que se albergaba cuando no se la hacía navegar. A las once de la mañana, Trisher empezó el traslado de los aparejos que había llevado consigo.

Media hora más tarde, accionó el contacto. El motor rugió satisfactoriamente. Winnie, con blusa y pantalones cortos y el pelo sujeto por una ancha cinta blanca, soltó la última amarra.

La lancha se separó suavemente del muelle y navegó lentamente hasta la bocana del canal. Una vez en la mar libre, Trisher la lanzó a buena velocidad hacia el lugar donde habían encontrado el cadáver de Sharp.

Sentíase satisfecho de la embarcación. Era un «pura sangre» que, en buenas condiciones, podía dar treinta y ocho nudos sin dificultad. No obstante, navegó a menos de veinte hasta llegar al punto deseado.

Una vez allí, paró el motor y lanzó un anclote. Luego empezó a equiparse.

—Vigila constantemente mientras estoy abajo —aconsejó—. No creo que suceda nada, pero nunca está de más permanecer alerta en todo momento. El cabo del ancla está sujeto solamente con una anilla. Si ves peligro, suelta el cabo y sal pitando.

—Sí, Rod.

—Otra cosa. Estaremos en constante comunicación, por hilo telefónico. Una instalación de radio de baja frecuencia resultaría demasiado costosa y necesitaría, además, un especialista. Mira, aquí tengo el cable que irá sujeto a mi máscara, que está provista de micrófono y auriculares. Tú también tendrás puesto un casco con los mismos elementos; así te quedarán las manos libres para los

prismáticos. Pero si notas peligro, quítate el casco y tira el carrete al agua. Largas el cabo del ancla y te marchas.

—Y tú... en el fondo...

—Es un lugar muy seguro —sonrió él, calzándose ya las aletas del traje de buceo.

Antes de lanzarse al agua, comprobó el buen funcionamiento del carrete del teléfono. Lavó el interior de la máscara, se la puso, agarró el fusil lanzaarpones y, tras agitar una mano en señal de saludo, se dejó caer de espaldas.

La verde penumbra le envolvió inmediatamente. Respirando larga y rítmicamente, inició el descenso hacia el fondo. No abundaban mucho los peces en aquel lugar y entonces comprendió sus fracasos en la pesca.

Continuó bajando. La falta de luz se hizo patente, aunque se hallaba en una zona de aguas muy transparentes. Además, el sol estaba en el cenit y sus rayos alcanzaban una profundidad superior a lo normal. De cuando en cuando, consultaba el profundímetro de pulsera. El aparato de respiración funcionaba satisfactoriamente.

Pronto empezó a ver el fondo. Era arenoso, liso, sin apenas accidentes, aunque con bastante vegetación acuática. Casi no necesitaba la linterna de que se había provisto, cuya potencia era similar a la de un faro de automóvil.

Durante unos momentos, evolucionó lentamente por los alrededores de aquella zona. De pronto, divisó algo que no le pareció natural.

Movió un poco las aletas. ¿Por qué no habían usado un lastre de plomo?, se preguntó. Aquella piedra blanca, de grandes dimensiones, había sido sin duda recogida durante el viaje que era el último para Jay Sharp. Aún conservaba parte de la cuerda que había servido para atarla a los tobillos de la víctima.

Reanudó las exploraciones en círculo, pero sin alejarse demasiado. El cinturón tenía que estar en aquel sector. Una vez suelto de la piedra, Sharp, por instinto, habría iniciado una ascensión vertical. El cinturón habría ondeado algo al caer, debido a que se movía en un medio más denso, pero, de todas formas, no podía haber llegado muy lejos.

Súbitamente, algo emitió un ligero destello a unos metros de distancia. El metal devolvió parte de los rayos luminosos. Trisher

taloneó con fuerza.

Alargó la mano izquierda. «Bien, aquí está el famoso cinturón. Será cosa de ver cuál es su secreto...».

La voz de Winnie interrumpió súbitamente sus reflexiones.

—Rod, viene alguien —exclamó la muchacha.

Trisher cerró la mano izquierda sobre el cinturón.

—Usa los gemelos —indicó.

—Lo estoy haciendo... Veo tres hombres en una lancha... Creo que uno de ellos es Pembroke...

—Winnie, suelta el teléfono y el cable del ancla. Lárgate inmediatamente.

—Pero, Rod, tú estás abajo...

—Eso es lo que ellos buscan precisamente. Winnie, arranca a toda velocidad, da un gran rodeo y vuelve a tu casa dentro de una hora exactamente. ¡Vamos, no pierdas más tiempo!

Ya no dijo más. Pegó un tirón al cable del teléfono y se dispuso a abandonar aquel lugar.

El agua transmitió claramente el fragor de una hélice que giraba a gran velocidad. Trisher se tranquilizó; Winnie había cumplido exactamente sus instrucciones. Luego oyó otro sonido similar, pero de tonos inversos: la hélice dejó de girar lentamente y, al fin, se paró del todo.

Sonrió mentalmente, no podía hacerlo del todo. Pero sí podía llevarse el pulgar al vidrio de la máscara y hacer con la mano un gesto de burla a los ocupantes de la lancha que acababan de llegar.

Cuando se disponía a marcharse, vio algo que descendía culebreando por las aguas. El ancla tocó fondo y levantó unos chorros de arena.

«Sí, sí, os van a salir canas esperándome», pensó, mientras, sin prisas, empezaba a arrastrarse por el fondo marino. La pendiente era muy suave hasta la playa, le quedaba aire de sobra para alcanzar la orilla y de este modo, evitaría las etapas de descompresión.

Arriba, en la lancha, Pembroke sonreía satisfecho.

—Bueno, la chica se ha largado, pero él está abajo. El aire de sus botellas no es inagotable y, tarde o temprano, tendrá que subir a la superficie.

Uno de sus secuaces, Flip Trummo se ofreció para bucear un

poco.

—Puedo llegar hasta los veinte metros. Quizá vea algo...

—No, no te molestes —contestó Pembroke—. Subirá a la superficie y nos tendrá aquí esperándole, con los brazos abiertos.

De pronto, soltó una maldición.

—Soy un estúpido —agregó, furioso—. ¿Por qué no se me ocurrió que ese maldito Sharp podía haber dejado el cinturón en el fondo?

—¿Es interesante ese cinturón, jefe? —preguntó el otro matón, Destry Rawagh—. Sí, lo es —contestó Pembroke ceñudamente—. Porque si destapa lo que hay en su interior, yo puedo verme con una soga al cuello.

—Ahora no ahorcan, gasean, jefe —le corrigió Trummo.

—Era sólo una frase, estúpido.

Pero el resultado sería el mismo, pensó amargamente. Si no conseguía el cinturón... Se estremeció al pensar en lo que podía ser la vida tras las rejas de San Quintín... allí para siempre. No, no sucedería tal cosa, porque estaba dispuesto a todo para recobrar el cinturón.

* * *

Cuarenta minutos más tarde, Trisher se hallaba solamente a diez metros de profundidad.

El avance había sido lento y, además, dirigido en sentido oblicuo, para ganar un punto lo más próximo posible a la casa de Winnie. Dejó pasar cinco minutos más y entonces empezó a notar la falta de aire.

La descompresión se había realizado sin inconvenientes. Soltó las botellas; ya vendría a buscarlas en otro momento. Luego taloneó suavemente y ascendió a la superficie para orientarse.

La casa de Winnie estaba aún a unos trescientos metros. La orilla quedaba a doscientos, aproximadamente. Nadó suavemente, con rítmicos movimientos de las aletas. En aquel lugar, la costa hacía un leve promontorio. Trisher supuso que la muchacha habría llegado desde el otro lado.

Momentos después, enfilaba el canal. Respiró aliviado. La lancha estaba amarrada al muelle. Aceleró la marcha y, pocos momentos

más tarde, se agarraba a la borda de la embarcación.

Una vez a bordo, se quitó las aletas y el casco. Luego se sacó la parte superior del traje, quedando solo con los pantalones. El cinturón de Sharp estaba sujeto a su cintura. Luego, con toda tranquilidad, examinarían su interior, deshaciéndolo en trozos si era preciso.

Avanzó hacia la puerta que comunicaba el cobertizo con la casa. Al abrir, oyó la voz de un hombre.

—¡Me has engañado! —gritó Fanthorpe—. No había tal joya de familia ni te fuiste a Santa Mónica a ver a las abuelas. Tuviste que venir aquí, con ese maldito entrometido...

—Sí, estoy aquí y no me casaré contigo, aunque me pongas una pistola en el pecho —contestó Winnie a voz de cuello—. Conozco todas tus trapacerías, tus embustes, tus artimañas... Sé que has estado en la cárcel un montón de veces, que has robado, estafado, falsificado... No creo que J. B. matase a mi padre; todo fue una trampa tuya, para asegurarte de que me casaría contigo y que un día podrías divorciarte y conseguir una sustanciosa indemnización... No, no tienes el menor derecho a hacerme el más mínimo reproche. Lo único que quiero es que te quites de mi vista para siempre, ¿me has entendido?

Trisher subió en silencio la media docena de escalones que había hasta la sala y asomó un poco la cabeza.

Winnie y Fanthorpe estaban en pie, en el centro. El parecía muy pálido, mientras que las mejillas de la muchacha estaban encarnadas a causa de la indignación que la poseía.

—Es cierto —admitió Fanthorpe sorprendentemente—. No sé cómo te has enterado, pero tampoco importa mucho. Todo cuanto has dicho es verdad. Pero creo que ignoras una cosa.

—Sí, debes de ocultar tantas... —contestó ella despectivamente.

—Me enamoré de ti sinceramente. Te mentí, claro; Fanthorpe no era mi nombre legítimo, aunque pensaba hacer lo necesario para legalizarlo definitivamente. Y jamás se me hubiera ocurrido hacerte el menor daño, si no hubiese sido porque alguien me obligó. Puedes creerme o no, pero es rigurosamente cierto. En un principio, me resistí con todas mis fuerzas. Luego me amenazaron abiertamente. Nadie lo sabe, salvo una persona, y tiene las pruebas suficientes para enviarme a la cárcel por diez o doce años. Con mis

antecedentes, es la pena mínima que me aplicarían.

—¿Hablas en serio, Keith? —preguntó Winnie, asombrada.

—No te engaño —aseguró él—. Por eso hice la falsificación de las pruebas que podían acusar a J.

B. Prácticamente,

lo hice con una pistola en la nuca.

Naturalmente, pensaba romper esos documentos después de la boda...

—¿Quién te obligó?

—Me parece que yo podría responder a esa pregunta —dijo Trisher, apareciendo súbitamente.

—¡Rod! —gritó Winnie—. ¡Estás bien; has podido salir del agua!

—No me ha sucedido nada —contestó el joven—. Fanthorpe, lo sé todo. He oído sus disculpas. Puedo darlas por buenas; quizá sea cierto... pero lo mejor que puede hacer es marcharse y no volver a ver más a Winnie.

La frente del sujeto estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—Esta vez tuve mala suerte —dijo roncamente—. Sinceramente, trataba de corregirme, pero no me lo permitieron...

—Comprendo su drama, pero usted debe actuar ahora sensatamente. Y si persiste en sus propósitos, ya nos ocuparemos de que la persona que le obligó a actuar contra su voluntad, reciba su merecido.

—Rod, ¿quién es esa persona? —inquirió Winnie, devorada por la curiosidad.

—Posiblemente, la misma que ordenó liquidar a Sharp. ¿Tomó usted parte en el asunto, Fanthorpe?

—No. Lo supe cuando ya había sido realizado. Fueron Hymie y Lasko.

—Lo hicieron muy chapucestamente. Sharp estuvo a punto de salir a la superficie, pero las fuerzas le fallaron en el último instante. Sin embargo, debió de tomar una decisión y pensó que nadie se aprovecharía de lo que era la causa de la muerte.

—Usted lo ha encontrado, a lo que parece —dijo Fanthorpe.

—Sí —admitió Trisher.

—Es justo lo que andaba buscando —clamó repentinamente una voz inesperada. Y, un segundo después, una pistola vomitó varias detonaciones y Fanthorpe, tras lanzar un corto grito, giró sobre sus

talones y se desplomó al suelo.

CAPÍTULO XII

Winnie lanzó un chillido de espanto al ver caer a su prometido y se puso las manos en la cara. Trisher se situó a su lado, rodeándole los hombros con un brazo, en ademán protector.

Pembroke avanzó un par de pasos, todavía con la pistola en la mano. Detrás de él surgieron sus dos esbirros, aunque no llevaban armas a la vista.

—De modo que busca este cinturón —dijo el joven serenamente, una vez rehecho de la impresión sorpresa.

—Así es. —Pembroke agitó la mano izquierda—. Vamos, suéltelo y entréguelo a uno de mis chicos. No haga ningún gesto sospechoso o le perforo el estómago.

—Un momento, por favor —pidió Trisher—. Exactamente, ¿qué es lo que busca usted?

—¿Cree que se lo voy a decir? —se burló Pembroke.

—Temo que está muy equivocado. Usted ha oído campanas en alguna parte, pero no sabe quién ni cómo ni dónde las toca. Ha oído hablar que alguien robó millón y medio a una importante empresa y quiere ese dinero, porque, según mis informaciones, el «Semiramis» tiene un déficit más que considerable y ya no sabe adónde volverse para conseguir un crédito que le permita ponerse a flote. ¿Me equivoco?

—No —dijo el hombre roncamente—. Siga.

—Pembroke, usted es de los que piensan que el autor de ese desfalco ha ido reuniendo su botín, billete a billete, como una hormiguita reúne granos de trigo para pasar el invierno.

Debería haberse informado mejor. Ese estafador tiene un vicio irreprimible: el juego y las apuestas hípicas. Todo el dinero que sacaba con una mano, se le iba por la otra. Es posible que aún tenga

ahorrados algunos miles, pero, ni lo sueñe, no va a encontrar una pila de billetes de Banco en alguna caja fuerte. Sé, además, que el estafador hizo unas fuertes inversiones y que perdió todas las sumas empleadas en esos supuestos negocios. Quería ganar dinero rápidamente, para reponer lo robado... pero estaba ya, como se suele decir, en la pendiente, y no podía detenerse. Aunque le diese el cinturón, no encontraría dinero suficiente para cubrir gastos.

Pembroke tenía la boca abierta.

—No... no es posible... —balbuceó.

Trisher se encogió de hombros.

—Puede creerme o no, eso es cosa suya. Pero es la pura verdad.

—No... no le creo... —tartamudeó Pembroke, lívido de rabia—. Ese dinero está en alguna parte...

Trisher hizo un gesto significativo.

—Hum —contestó—. Aunque si quiere visitar a las decenas de apostadores y a los dueños de los garitos que hay en la ciudad, puede que consiga así una parte del botín.

—Pero, entonces, ¿por qué buscaban ustedes ese maldito cinturón? —rugió el sujeto.

—Primero, porque nos picó la curiosidad, cuando no hacían más que acosarnos para que les diésemos algo que no teníamos ni habíamos visto. Y, segundo, porque llegué a saber la verdad y entonces sí nos interesaba.

—Bien, y ¿qué diablos tiene?

—Ah, eso ya no le importa a usted. No es asunto suyo.

—Tengo una pistola en la mano...

—Y yo estoy viendo al jefe de policía de Santa Magdalena, que se acerca a esta casa —contestó Trisher sin inmutarse—. Así que, aunque nos mate, tampoco podrá escapar ni, por supuesto, conseguirá el cinturón.

Pembroke volvió la vista hacia la ventana. Un gemido de rabia brotó de sus labios.

—Ahora pagará las muertes de Hymie y de Lasko —dijo el joven severamente—. Y, me apuesto cualquier cosa, estos dos gaznápiros que le acompañan, declararán contra usted, para salvar el pellejo.

Trummo y Rawagh asintieron. La puerta se abrió y los policías irrumpieron en la casa.

Trisher llegó con una valija en la mano, la puso encima de la mesa y miró sonriente a la muchacha.

—Bueno, al fin lo hemos encontrado —dijo.

—De modo que era eso —murmuró ella.

—Si. Tú lo viste cuando despegué el forro interior del dichoso cinturón. No había allí ni billetes de Banco, ni documentos, ni microfilmes... sólo la llave de un compartimento de equipajes, de cerradura automática, en la estación central de autobuses. Y en ese compartimento estaba, precisamente, lo que tanto habían buscado unos y otros.

—Entonces, ¿está resuelto el asunto?

—Todavía no. Espero una visita...

En aquel momento, llamaron a la puerta. Trisher abrió y se echó a un lado.

—Entre, señor Showeli —invitó.

El contable avanzó recelosamente.

—Me llamó usted —dijo—. ¿No podía haberme visto en mi despacho?

—Mejor en mi casa. Más intimidad —sonrió el joven—. Señor Showeli, ¿ve ese portafolios? Bien, ahí está el libro.

Se volvió hacia Winnie.

—Recuerda lo que te dije sobre las obras escritas en tres tomos. Recuerda también lo que expliqué sobre los libros de cuentas números uno y tres. Aquí está el número dos.

Abrió la cartera y lo dejó a la vista. Luego se volvió hacia el visitante.

Showeli estaba pálido como un difunto. Sacó un pañuelo y se secó las manos nerviosamente.

—¿Dó... dónde estaba? —tartamudeó.

—Donde lo había escondido Sharp —contestó Trisher—. Verá, cuando empezó a faltar demasiado dinero, usted pensó que un día podría destaparse el pastel y quedaría en muy mala situación. Entonces recurrió a la solución más fácil: «arreglar» los libros. Usted puede hacer malabarismos con los números, pero necesitaba un falsificador y nadie mejor que su propio hermano. Ahora bien como no podía estar siempre encima de él, necesitaba un ayudante y ése

fue Jay Sharp, quien, en tiempos, también trabajó de contable. Es decir, entendía de números.

»Sin embargo, Sharp se dio cuenta de que no era cosa de unos pocos miles tan sólo y, lógicamente, pidió una tajada mayor del pastel. Supongo que al principio, usted accedió a sus demandas de mejor o peor gana, pero, al final, se hartó y decidió quitarlo de en medio. Su hermano tenía muchos conocimientos en los bajos fondos y usted le obligó a actuar, cosa que él hizo resignadamente, para no ir una vez más a presidio. Pero Sharp se había olido algo y escondió el libro, lo que no le salvó de la muerte. Sucede, sin embargo, que los ejecutores, quizá también por las prisas, no supieron hacerlo bien y el cadáver de Sharp se enganchó en mi anzuelo.

»Ahí es donde empezaron las complicaciones, sobre todo, cuando su hermano le confesó de que el matrimonio con Winnie, del que tanto habían esperado, corría peligro de no celebrarse. Entonces ideó la comedia de la culpabilidad de J.

B. Era

un bonito chantaje y J. B. habría callado ante el desfalco, para evitar el escándalo. Pembroke se enteró y quiso meter las manos en ese succulento pastel, con los resultados que todos sabemos...

—Tuvo usted suerte —dijo Showeli rencorosamente—. La primera vez que disparé, maté a otro...

—Sí, y el tipo que quería matarme después, se fue barranco abajo. Y Pamela Irving no se suicidó, sino que la arrojó usted por la ventana, porque temía que me contase algunas cosas que ella conocía, debido a su puesto en la empresa.

—No podrán achacarme esa muerte...

—Pamela vivía en el

25 F

y usted en el apartamento de la misma letra, pero con el número 24, justo debajo del de esa desgraciada. Porque hubo un tiempo en que usted y Pamela se entendían... y así la policía no encontró huellas de un asesino ya que, casi estaba ella todavía cayendo en el vacío, cuando usted había regresado a su apartamento. Tenía la llave del de Pamela y le resultó fácil entrar sin ser visto, ¿no es cierto?

Súbitamente, Showeli sacó una pistola.

—Me llevaré los libros —dijo estridentemente.

Trisher meneó la cabeza con gesto pesaroso.

—Su hermano quiso corregirse. Usted no le dejó. ¿No le parece que tendría que pagar por ese crimen?

—¡Eso no le importa a usted! —chilló Showeli—. ¡Apártese!

Trisher se acercó a la mesa y cogió dos de los libros. Con ellos en las manos, miró fijamente al contable. Luego los dejó de nuevo.

—Libros números uno y dos, correctos —dijo—. Libro número tres... —Lo apartó ligeramente—, falso. ¿Está satisfecho?

—Vamos, apártese —insistió Showeli.

Trisher agarró la mano de Winnie y se retiró unos pasos.

—Señor Showeli, usted está aquí, porque le llamé por teléfono. ¿No se le ha ocurrido pensar que también pude llamar a la policía?

El sujeto se estremeció. En aquel instante, se abrieron todas las puertas. Varios hombres uniformados aparecieron en la sala.

—¡Tire la pistola! —gritó un hombre con galones de sargento.

Showeli vaciló un instante. Luego elevó la mano armada.

El policía disparó. Showeli lanzó un débil grito, sacudió la pistola y cayó de espaldas.

—Estúpido —dijo el sargento—. ¿Por qué no tiró el arma?

Trisher no quiso decir nada. Posiblemente, Showeli había querido suicidarse al verse perdido. Pero no había tenido tiempo para tomar una decisión y sus movimientos habían resultado torpes. El policía había actuado correctamente.

—Estaba desesperado —contestó.

Atrajo hacia sí a Winnie y la muchacha escondió el rostro en su pecho.

* * *

El mayordomo abrió la puerta y sonrió ligeramente al reconocer a Trisher.

—Pase, señor —invitó—. Le están esperando.

Trisher frunció el ceño.

—Me pregunto a qué se debe esta llamada —dijo.

—Lo ignoro, señor —contestó el mayordomo—. Tengo instrucciones de llevar al señor al salón, es todo lo que puedo decirle.

—Muy bien, vamos allá.

Trisher siguió al mayordomo. Éste llegó ante una puerta, tocó con los nudillos, abrió y se apartó a un lado.

—Señor, el señor Trisher —anunció.

El joven franqueó el umbral. Dio un par de pasos y se quedó estupefacto.

Había cuatro mujeres, dos de ellas sentadas en sendas butacas. Evelyn Ronaldson estaba sentada en una silla, lo mismo que Winnie. Ronaldson aparecía en pie, en el centro, pero detrás de la fila formada por las cuatro mujeres.

La fila comenzaba por la bisabuela Louise Mary y terminaba en Winnie. Trisher tragó saliva.

—E... eso parece un juicio...

—Algo por el estilo, joven —contestó la bisabuela.

—Winnie está muy quejosa de usted —añadió la abuela Mathilda.

Trisher volvió los ojos hacia Evelyn.

—Y usted, ¿no tiene nada de qué acusarme?

Evelyn sonrió.

—La acusación queda a cargo de mi esposo —respondió.

—Muy bien —dijo el joven—. Pero ¿qué dice la presunta ofendida?

—Está que echa chispas —dijo Mathilda.

—No seas vulgar, hija. Tienes que hablar con más propiedad. Por ejemplo, debes decir que Winnie está que se sube por las paredes —exclamó Louise Mary.

—Mamá, abuela, ¿por qué no dejan que hable mi esposo? —solicitó Evelyn.

—Sí, ya es hora de que se me permita meter baza —dijo el señor Ronaldson—. Rod, le necesito:

—Tengo una profesión y me gusta, señor —respondió Trisher.

—Eso no me gusta —se quejó la bisabuela—. Recuerdo que cuando me casé, mi padre tuvo que agarrar la escopeta y empujar al novio hasta la iglesia. Eso es lo que tendrías que hacer tú con ese muchacho, Jim Ronaldson.

—Abuela, déjeme hablar de una vez —exclamó J. B. malhumoradamente.

—¿Y por qué no dejan que hable Winnie? —sugirió Trisher.

—Ya lo he intentado, pero no me dejan —contestó la chica.

—Tienes tu genio. Deberías sacarlo a relucir.

—¿De qué me serviría, si tú no...?

—Rod, hijo, aún no ha contestado a mi proposición —dijo Ronaldson.

—Lo primero que deben hacer es casarse —exclamó Louise Mary.

—Sí, después será cosa de hablar de su trabajo —añadió Mathilda.

—Todavía conservo mi traje de novia. Tendré que airearlo, para que no huela naftalina. Encajes de Bruselas auténticos, Winnie.

—Yo le regalaré mi vieja mantilla española —añadió Mathilda.

—Tengo un juego de porcelana precioso. Auténtico de Limoges.

—La plata de mi cubertería salió de las minas de Virginia City. Tengo certificado de autenticidad...

Trisher miró a la señora Ronaldson. Evelyn sonreía maliciosamente.

—Rod, muchacho —dijo el padre de Winnie—, lo del empleo queda en pie.

Respecto a lo demás, no puedo aconsejarle. Ya sabe lo que le espera si cede. —Y será una boda maravillosa, cientos de invitados, marcha nupcial y demás— dijo Louise Mary.

—Y una docena de damas de honor —añadió Mathilda.

Winnie se puso en pie.

—Pero todavía no sé si él quiere o no —exclamó.

Trisher alargó la mano.

—Ven, vamos a discutirlo los dos —propuso—. Dispensen, por favor.

Ronaldson hizo un gesto con la mano.

—Sea lo que sea, tienes el empleo asegurado. Necesito un hombre como tú, Rod. —Será preciso esperar un poco. Tengo que dictar unas conferencias en Harvard y no puedo desaprovechar la ocasión, señor.

Con la mano de Winnie en la suya, se dirigió hacia la puerta. Luego salieron al jardín.

—No digo que no quiera colaborar con tu padre, pero, repito, me gusta mi profesión. Y tengo ciertas ambiciones de llegar a ser algo más que un modesto profesor...

—Serás lo que tú quieras y yo no me opondré a ello —aseguró

Winnie—. Pero ahora, dime, ¿dónde te parece que pasemos la luna de miel?

—Disponemos de dos semanas, antes de ir a Harvard —contestó Trisher.

—Dos semanas es poco tiempo para preparar la boda. —Desde luego, si piensas en celebrarla al gusto de las abuelas.

—No, será como nos parezca mejor a los dos, Rod.

—Entonces, muy sencilla... y muy rápida. Y luego nos iremos a la casa de la playa.

Ella le abrazó con fuerza.

—Es un plan maravilloso —suspiró.

—Sólo espero no volver a pescar un cadáver —dijo él.

—Yo si que hice una buena pesca —sonrió Winnie.

—Un marido, ¿eh?

—El hombre que necesitaba —declaró ella apasionadamente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.